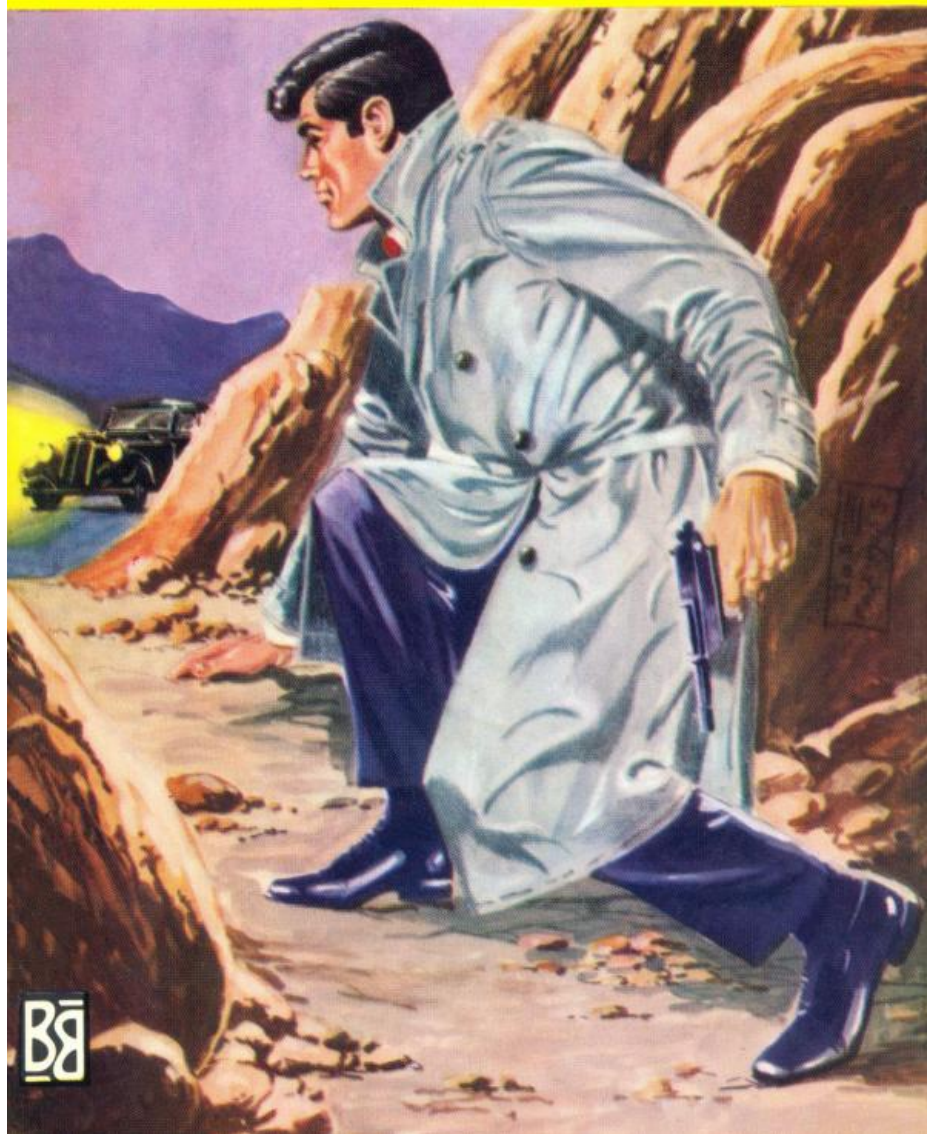


PUNTO
ROJO

siniestra cadena

alex colins



COLECCION

PUNTO ROJO



ALEX COLINS

SINIESTRA CADENA

Colección PUNTO ROJO n.º 260

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES CARACAS - MEXICO - RIO
DE JANEIRO

Depósito Legal B 4886 - 1967
Printed in Spain - Impreso en España
1.^a edición: abril - 1967
© ALEX COLINS - 1967
sobre la parte literaria

© CASANOVAS - 1967
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la
Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

232. — ¡Jaque al rey!

En Colección CALIFORNIA.

536. — Donde la ley no existe.

En Colección BRAVO OESTE:

313. — Ruta sin destino.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

150. — Ese hombre tiene que morir.

En Colección COLORADO:

495. — Llega un rural.

En Colección PUNTO ROJO:

256. — Nido de hampones.

Pigdeon, uno de los guardas nocturnos de la «Maison Co» de productos químicos, fue el primero en ver el resplandor de las llamas y el humo que escapaba a través de la ventana del pabellón.

Pigdeon sufrió un sobresalto. Era precisamente en aquel pabellón donde se almacenaba petróleo, alcohol y otras materias inflamables. Si las llamas alcanzaban los bidones y hacían explosión, la catástrofe podía adquirir una magnitud insospechada.

La fábrica constaba de tres pabellones, en hilera, a ambos lados de un amplio patio asfaltado. Al fondo se erigía un edificio destinado para laboratorio y oficinas. Cerca del mismo habían sido instalados los dormitorios de los hombres encargados de la guardia nocturna de la empresa. En el centro del patio habían otros dos pabellones, algo más pequeños que los restantes.

Un alto muro rodeaba el complejo, rematado en una malla de alambre espinoso. La puerta de entrada era muy amplia, de hierro, para permitir el paso de los camiones a través de ella.

La fábrica de productos químicos estaba montada en una gran explanada, en plenas Montañas Rocosas, cerca del río Arkansas y de las minas de molibdeno y otros metales raros del estado de Colorado.

Pigdeon golpeó con el codo a su compañero de guardia, Frank Gilbert, que dormitaba junto a él.

—Mira eso, Frank. Parece que se ha declarado un incendio en ese pabellón.

—¡Demonios! —exclamó el otro con sobresalto y poniéndose en pie como impelido por un resorte—. Ese almacén está repleto de combustible. Si las llamas alcanzan a los bidones...

—Avisa al señor Gordon. Está aún en su oficina.

Frank se apresuró a presentarse ante la puerta del despacho de Gordon, uno de los socios de la empresa.

El vigilante asomó la cabeza al interior.

—Hay fuego en el almacén de combustible, señor Gordon.

El otro se incorporó con presteza, mirando a Frank con cierto estupor.

Mientras salían al patio y corrían juntos hacia el pabellón, Jasper Gordon buscó en sus bolsillos la llave correspondiente al almacén siniestrado.

Las llamas lamían los costados de una de las ventanas, iluminando de un modo dantesco un reducido círculo del patio.

Gordon se apresuró a franquear la entrada del pabellón y los tres

hombres pasaron rápidamente al interior.

El fuego se había producido en un fardo de algodón hidrófilo, muy próximo a unos bidones de alcohol. Si las llamas alcanzaban éste, los extintores no serían suficientes para dominar el siniestro.

Afortunadamente el fuego no había adquirido gran incremento y parecía fácil de dominarlo.

—Es menos de lo que había temido —musitó Frank—. Lo dominaremos con facilidad.

Ambos hombres se apresuraron a tomar los extintores colgados de la pared junto a la entrada.

—Hagan uso de ellos —dijo Gordon—. Voy a solicitar el concurso de los bomberos de Fagall City.

—No creo que sean necesarios sus servicios —adujo Pigdeon.

—Nunca se sabe, muchacho.

Abandonó el pabellón seguidamente, corriendo hacia el otro extremo del patio donde estaban las oficinas.

Mientras, Frank y Pigdeon se dispusieron a emplear los extintores.

Frank oprimió el botón antes de lanzarse hacia las llamas. Y chascó la lengua contrariado al ver que no funcionaba.

—Este cacharro no funciona, Pigdeon —masculló.

—Claro —respondió el otro con soma—. Estos cacharros son como los dólares, muchacho. Nunca se puede disponer de ellos cuando más se necesitan.

—Yo apagaré esta pequeña hoguera. Esto es sólo un indicio de incendio y creo que el señor Gordon se ha precipitado un poco.

Frank se dispuso a dejar el extintor y entrar tras de su compañero, que habíase situado junto a las llamas, para ayudarle a sacar el fardo afuera tan pronto el bióxido de carbono hubiese sofocado el fuego.

Vio brotar el chorro de líquido pulverizado del extintor que manejaba Pigdeon. Luego, las llamas se extendieron con vertiginosa rapidez por todo el espacio ocupado por el líquido expulsado por la válvula, envolviendo inmediatamente a su compañero. Después se propagó a los bidones más cercanos.

Frank permaneció inmóvil breves instantes, dominado por el profundo estupor.

Reaccionó de súbito, impelido por un instinto de conservación.

El extintor contenía gasolina en lugar de bióxido de carbono. Había percibido el olor característico de la misma. Estaban ocurriendo cosas muy extrañas en aquella fábrica desde la misteriosa desaparición del profesor Alan Maison, químico y socio también de la empresa. Y él iba a resultar la segunda víctima si no se daba prisa en salir de allí.

Corrió afuera sin soltar el extintor, lanzando sordos gemidos de impotencia al percibir los horribles gritos de su compañero, convertido en

una auténtica antorcha humana.

Apenas habíase alejado unas yardas por el patio cuando llegó la sorda explosión de uno de los bidones.

Otros más estallaron a continuación mientras continuaba corriendo. Y de pronto, la techumbre del pabellón saltó por los aires en varios puntos a la vez, brotando impetuosas las llamas por los nuevos caminos abiertos, sembrando un volcán en erupción.

Trozos de tejas y cascotes cayeron en lluvia sobre él, abatiéndolo al suelo.

Frank se encogió sobre sí mismo, cubriéndose la cabeza con los brazos en un gesto instintivo.

Algunos cascotes de regular tamaño maceraron su espalda, su costado y sus piernas. Pero no llegó a perder el conocimiento.

Como entre sueños, percibió el estridente aullido de la sirena del vehículo de los bomberos recorriendo a velocidad suicida el camino que unía la fábrica con Fagall City.

Después, el gemido de los motores, el agudo frenazo, las voces excitadas de los hombres y el ruido de sus pasos sobre el pavimento. Todo como a través de una densa masa de niebla provocada por el aturdimiento.

Trató de incorporarse manteniendo abrazado el extintor.

Sintióse de pronto cogido por ambos brazos y miró a los hombres que le ayudaban a caminar. Jasper Gordon y uno de los enfermeros que habían acudido en la ambulancia.

—¿Cómo se encuentra, Frank? —inquirió el industrial.

—Me duele todo el cuerpo, pero no creo tener ningún hueso roto.

—Más vale así.

—Ha sido horrible, señor Gordon —balbució aún no repuesto de la impresión sufrida—. El incendio se debe a un sabotaje.

—¿Un sabotaje?

—Exacto.

—Exacto. Los extintores están llenos de gasolina. Este no funcionó y eso me ha salvado la vida. Pero el pobre Pigdeon se ha quedado allí. Lo vi quedar convertido en una antorcha. ¡Dios! No poder hacer nada por salvarlo...

—Cálmese, Frank; está muy excitado.

Le ayudaron a llegar hasta la camilla de la ambulancia, dejándolo en ella.

Cuatro horas más tarde, quedaba dominado el fuego.

Al finalizar el trabajo de extinción habíanse derrumbado tres de las paredes del pabellón, mientras la otra, ennegrecida por el humo, parecía mantenerse en pie por un verdadero milagro de equilibrio.

El cuerpo de Pigdeon, carbonizado, fue extraído al fin de entre los escombros, y los bomberos dieron por concluida su misión allí.

Al día siguiente llegaron a la fábrica de productos químicos, Chester Loos y Alec Gielgud, ambos empleados de la Compañía de Seguros en la que estaba suscrita la empresa. Se trataba de un sabotaje según las declaraciones de Frank Gilbert y la Compañía enviaba a dos de sus mejores hombres para investigar los hechos y establecer las consecuencias. Unas consecuencias que había costado la vida a un hombre.

Chester Loos ocupaba el cargo de inspector, y era también uno de los principales accionistas. Tenía la sede en Denver y contaba con agencias en las principales ciudades del Estado de Colorado y otros varios del Oeste Central de la Unión.

El inspector se hacía acompañar por Alec Gielgud como el hombre más idóneo para llevar a cabo esa clase de investigación.

Alec había pertenecido a la policía de Chicago. Una paradoja aquella parte de su vida. Alec habíase enrolado en las fuerzas de la ley guiado por su odio hacia el mundo del hampa y tuvo que abandonar su cargo por mostrarse incorruptible ante los mismos hampones. Aquello le creó la enemistad de algunos políticos sucios que ganaban las elecciones a costa de su concomitancia con el mundo del hampa. Se vio precisado a colgar su uniforme por la sentencia recaída en algunos miembros destacados del mundo del crimen, pero no colgó su odio ni su afición. Continuó una lucha sorda contra el crimen desde una agencia de investigaciones privadas. Y más tarde como investigador de la Compañía de Seguros, de la que pasó a formar parte por su amistad con Loos, viejo camarada de su padre.

El empleado Frank se hallaba ya en la fábrica. Las contusiones producidas por los cascotes eran múltiples, pero no había sufrido la menor ruptura ni grandes heridas.

Los dos agentes de seguros hablaron con Gordon en su oficina antes de interrogar al vigilante.

—De forma que usted cree que sufrió una alucinación, ¿no, Gordon? —interrogó Loos.

—Exactamente. Le impresionó mucho el hecho de ver morir a su compañero de una manera tan cruel. Eso le obsesiona.

—El habla de un sabotaje. ¿Cuál es su opinión? —terció Alec.

—Muy distinta. El fuego era ya fuerte. Pigeon debió acercarse demasiado a las llamas y éstas lo envolvieron. El extintor que Frank sacó del pabellón tiene la válvula estropeada, pero su carga es la normal de bióxido de carbono.

—Eso es lo que nos ha dicho el *sheriff*. Pero nosotros debemos llevar adelante la investigación —adujo Loos—. Ese pabellón destruido con el combustible vale una fortuna. Ese muchacho sospecha que ha habido sabotaje y nuestro deber es aclararlo antes de formalizar el pago por las pérdidas.

—Comprendo.

—¿Saben algo ya del paradero de Alan Maison? —inquirió de súbito el inspector de seguros.

—Nada, Loos. El profesor se mantiene en el silencio más absoluto.

—Hace un mes o cosa así que desapareció, ¿no?

—Sí —respondió Gordon de mala gana.

—¿Qué razones pudo tener para ello?

—Es difícil precisarlo —adujo el industrial—. Maison es hoy uno de los mejores químicos del mundo. Descubrió algo; una nueva composición cuya utilidad no quiso revelarnos. Estuvo muy excitado durante unos días. Hasta que de pronto se despidió de nosotros diciendo que tenía que presentarse en Washington y que estaría de regreso en una semana. No hemos vuelto a saber nada de él. No llegó a Washington y nadie ha podido dar razón de su paradero. Puede estar muerto, alejado de propio intento en lugar sólo conocido por él, o quizá muerto.

—Muy extraño —comentó Alec.

—Por supuesto —aseveró Loos—. Y no es fácil suponer que un hombre como Alan Maison se haya lanzado a una aventura con cualquier «girl» de revista. No es esa la clase de experimentos que a él le seducen.

—Desde luego que no —sonrió Alec—. ¿Y no saben ustedes por qué no le seducen esos experimentos con mujeres?

—¿Lo sabes tú? —inquirió Loos.

—Claro. Porque Alan Maison es un sabio y la sabiduría incluye la inteligencia.

Los dos hombres se encaminaron al dormitorio en busca de Frank.

—¿Qué te parece todo esto, Alec? —le preguntó Loos.

—Es pronto para concretar —replicó el joven—. Pero yo tengo una corazonada; intuyo algo siniestro en todo esto. La desaparición del profesor Maison, el súbito incendio de ese pabellón y la muerte del pobre muchacho. Creo que todo eso guarda entre sí una estrecha relación, aunque no acierto a discernir cómo.

La impresión no había cedido aún en el vigilante de la fábrica. Pigeon era un gran amigo suyo y su trágico final se mantenía vivo de una manera obsesionante en la mente de Frank.

Les explicó lo sucedido con voz entrecortada. Y mientras hablaba, su mirada se mantenía fija, perdida en un punto indefinido de la estancia.

Al acabar su narración el inspector de seguros le palmoteó el hombro.

—Esto ha sido muy duro para usted, Frank —dijo—. ¿Sabe lo que dice el *sheriff* acerca del extintor?

—Sí. Ellos han examinado el contenido y deben estar en lo cierto. Pero yo vi brotar la gasolina del extintor que Pigeon empuñaba y percibí el olor. Yo sé que no estoy equivocado.

—Está bien —adujo Loos—. Procure descansar. Y recapacite en todo. Si el incendio fue casual, la compañía que represento no se exime del pago de

la póliza. Pero si realmente se trata de un sabotaje...

—Comprendo, señor. Y le aseguro que lo fue. Nadie puede negarme lo que yo vi con mis propios ojos. El señor Gordon me ha pedido que diga la verdad y es lo que estoy haciendo.

A continuación y por puro trámite, ambos examinaron los restos calcinados del pabellón.

—¿Qué opinas de la declaración de este muchacho? —preguntó el inspector a su acompañante.

—En primer lugar, que ha tenido mucha suerte —contestó Alec—. Creo en sus palabras. El no miente, no tiene ningún interés en hacerlo. Y conste que no lo digo por esa costumbre de los agentes de seguros de querer sacarle punta a un alfiler con tal de no pagar el importe de las pólizas.

—¿Entonces, crees que es un sabotaje?

—Estoy seguro de ello. Alguien provocó, preparando los extintores para asegurarse el éxito en su siniestra misión. Encontró averiada la válvula de ese extintor y lo dejó así. Sólo eso ha evitado que Frank muriese como su compañero. Y a propósito. ¿Cómo marcha este negocio de productos químicos?

—Bastante mal. Los informes indican que la situación actual de la empresa no es muy boyante. Los productos de la «Maison Co.» tienen poca aceptación en el mercado.

—Ya. Entonces Jasper Gordon ha tenido doble suerte que su empleado. Aún tiene la oportunidad de cobrar ese dinero y pudo salvarse del incendio sin correr el menor riesgo.

Loos dejó vagar por sus labios una enigmática sonrisa al captar el sarcasmo de que estaba impregnada la última frase de Alec.

—Sospechas de Jasper Gordon, ¿eh?

—Claro.

—¿Por qué?

—Por simple lógica. Frank nos ha asegurado que el incendio no encerraba ningún peligro, que hubiesen podido dominarlo fácilmente con los extintores. Pero el señor Gordon prefirió asegurarse el concurso de los bomberos. O quizá lo que buscó fue alejarse del pabellón con esa disculpa, sabiendo lo que iba a ocurrir tan pronto alguien oprimiese la válvula del extintor.

—Puede que tengas razón —musitó Loos—. No se me había ocurrido sospechar de él en ese aspecto. El ha dicho a Frank que diga toda la verdad, sin intentar coaccionarlo.

—Eso no significa nada. Puede ser una forma de alejar las sospechas de sí. Estoy seguro de que el incendio no ha sido provocado para cobrar una póliza y sacar adelante un negocio, sino por unas causas mucho más profundas. Y una de esas causas es la desaparición del profesor Maison.

Loos asintió con leves gestos.

Los razonamientos del agente empezaban a hacer mella en su ánimo. Alec era un investigador nato. Para él no contaba el que la compañía tuviese que pagar una fuerte cantidad, sino el hecho en sí, que podía encerrar un acto criminal. Por ese acto había muerto ya un hombre inocente, como en otros tiempos murió su padre, y Alec lucharía hasta el fin para esclarecer los hechos.

—Bien —adujo Alec—. Hablaremos más tarde con Jasper Gordon y con Dean, el tercer socio. Pero de momento hay otro hombre más interesante para mí desde el punto de vista de la investigación.

—¿Quién?

—El encargado de la puerta durante las horas de trabajo. La entrada de ese pabellón es visible desde su caseta. Quizá vio a alguien entrar en él.

—Pero...

—No hay peros que valga, Loos. Usted tiene buena mano para engañar a la gente con unas ventajas inexistentes en las pólizas de los seguros, pero yo la tengo para no dejarme engañar precisamente. Sabemos por Frank que nadie se acercó a ese pabellón durante la noche y esta verja es muy difícil de salvar desde el exterior.

Vieron ir hacia ellos a través del patio a Walter Dean, el tercer socio de la empresa; un individuo alto y atlético, de facciones correctas.

Loos le expuso su intención de interrogar al portero.

—Tienen carta blanca para actuar como tengan por conveniente —respondió—. Cuenten conmigo para todo cuanto juzguen necesario.

—¿Qué me dice del último descubrimiento del profesor Maison? —inquirió Alec—. ¿Usted le ayudaba en el laboratorio?

—No exactamente. Gordon y yo somos químicos, pero no llegamos a las suelas de los zapatos del profesor Maison. Le hemos ayudado en algunas ocasiones, pero sólo en trabajos de rutina. Las investigaciones de nuevas fórmulas eran asunto exclusivo del profesor.

Los condujo hasta la caseta del portero.

El hombre, de edad madura, estaba afectado por la muerte de Pigdeon y se hallaba predispuesto a colaborar con la mejor voluntad.

—Elmett, el capataz, entró ayer en ese almacén —respondió a las preguntas del joven—. Se presentó temprano, cuando apenas había acabado de abrir la puerta. Recuerdo que dejó su pequeño coche junto a la puerta del almacén central en lugar de llevarlo al garaje como era su costumbre. Luego se dirigió rectamente al pabellón destruido por el fuego.

—¿Puede recordar cuánto tiempo estuvo en él?

—Quizá una hora. No puedo precisarlo con exactitud.

—¿No llamó su atención el hecho de que el capataz entrase en ese pabellón?

—En absoluto —respondió el hombre—. El capataz tiene libre acceso a todas las dependencias.

—Es cierto —terció Dean—. Elmett es un hombre eficiente en su trabajo. El se encarga de disponer el almacenamiento o salida de las mercancías de acuerdo con los datos que se facilitan desde Dirección.

—Entendido —prosiguió Alec—. ¿Puede recordar qué hizo después el capataz?

—Claro —replicó el portero—. Abandonó el pabellón y se marchó seguidamente de la fábrica. Antes de hacerlo habló unas palabras con Frank Gilbert, que se hallaba en el patio en ese instante.

—¿No regresó en todo el día?

—No. Ni hoy tampoco —se apresuró a decir el hombre—. Elmett no se ha presentado al trabajo esta mañana.

—¿Quiere encargarse de comunicar con él por teléfono, Dean? —ofreció al joven.

—Por supuesto. No hay inconveniente.

Mientras Dean se alejaba para cumplir lo pedido por el agente, éste preguntó al portero.

—No recuerda si alguien más se acercó ayer a ese almacén? Haga memoria. Puede ser un dato muy importante.

—No se acercó nadie, señor. Lo recuerdo perfectamente. La puerta de ese pabellón no volvió a abrirse después de haber salido Elmett de él.

Los dos hombres se presentaron en la oficina cuando ya Dean había efectuado varias llamadas infructuosas.

—Nadie contesta —dijo Walter—. He insistido por tres veces. El teléfono da la señal, pero nadie se molesta en descolgarlo.

—Es posible que nuestro dilecto amigo el capataz, haya levantado el vuelo —adujo Alec—. O quizá se encuentra enfermo y no puede moverse. Iremos a su casa.

Creo que encontraremos en ella cosas muy interesantes.

—¿Sospechas que Elmett...?

—¿Sospechar? —le atajó el joven—. Yo lo doy como seguro.

Media hora más tarde los dos hombres dejaban atrás el accidentado camino de las montañas con su pavimento cuajado de baches y sus innumerables curvas sobre imponentes abismos, frenando el coche frente a la pequeña casita de una sola planta, en las afueras de Fagall City, donde residía el capataz.

Alec pulsó repetidas veces el botón del zumbador sin obtener respuesta.

—Tenemos que entrar como sea, Loos —dijo el joven.

—¿No crees que eso puede crearnos dificultades? Allanamiento de morada y demás. Las leyes de nuestro país...

—Zarandajas, Loos —le atajó el agente—. La puerta está abierta y temíamos que Elmett hubiera sufrido un accidente. Si surge algún problema no olvide consignarlo así ante el *sheriff*.

—Pero la puerta está cerrada.

—Sí, pero sólo de momento.

Alec sacó un juego de llaves maestras, haciendo girar los resortes de la cerradura al segundo intento.

La vivienda era sencilla, propia de un solterón empedernido como el capataz Elmett. Un *hall*, dormitorio, la cocina y el lavabo. Sobre la mesita del *hall*, una botella de whisky y tres vasos.

Encontraron a Max Elmett en su dormitorio, tendido sobre el lecho sin deshacer. Pero no podría confesarles jamás nada acerca de su extraña visita al pabellón siniestrado por la sencilla razón de que los muertos no hablan.

Del pecho del capataz sobresalía el mango de un cuchillo de cocina. Un plastón de sangre seca cubría su camisa blanca y habíase extendido también sobre las ropas del lecho.

Examinaron el cadáver y la habitación.

Elmett había recibido un fuerte golpe en la cabeza, en su parietal izquierdo, del que había manado un hilo de sangre. Encontraron también algunas gotas del rojo líquido en el suelo, cerca de la raída alfombra.

El cuerpo estaba entrando en período de descomposición y empezaba a despedir un hedor putrefacto.

Lo golpearon antes de matarlo —comentó el joven—. Esas manchas de sangre las dejó al caer al suelo. Lo hicieron por sorpresa y eso evidencia que se trata de alguien que contaba con su confianza. Luego lo tendieron en la cama y lo acuchillaron a placer. Escalofría pensar en ese asesino preparándose para asestar la cuchillada en el mismo corazón, Elmett debió recibir a su asesino pensando cobrar por su trabajo y le pagaron con esta hoja de acero.

—Todo parece indicar que fue él quien preparó el sabotaje en la fábrica —adujo Loos—. Ahora bien; ¿quién lo contrató para llevarlo a cabo?

—No lo sé; pero le aseguro que lo descubriremos.

—Habrá que llamar al *sheriff*.

—Espere un poco —adujo el joven—. Antes quiero echar un vistazo a todo esto. Conozco los métodos de estos *sheriffs* de las pequeñas ciudades. Se ahogan en un vaso de agua. Estos hombres son eficientes en la persecución de un fugitivo, actúan entonces como verdaderos perros de presa; pero sus cabezas no se han hecho para pensar.

Alec registró el armario ropero y encontró un traje de excelente confección tirado en el fondo del mueble.

Lo sacó para registrar sus bolsillos, en los que encontró una cartera conteniendo documentos y algunos dólares, un pañuelo y una vieja carta de un amigo.

El pantalón tenía una mancha de grasa cerca del bolsillo izquierdo. Debía habérselo hecho al inclinarse en el interior del pabellón y rozar algún bidón que contenía residuos de petróleo en su exterior.

Alec registró el resto del dormitorio. Y reparó en algo que asomaba bajo las piernas del cadáver. Un trozo de tela blanca que destacaba entre el gris del pantalón y el azul intenso de la colcha.

Movió ligeramente las piernas del muerto, apoderándose del objeto.

Era un pañuelo de seda con unas iniciales bordadas en uno de sus ángulos. M. D.

Los acercó a sus cavidades nasales, aspirando suavemente.

El pañuelo tenía un acusado olor a esencia de violeta. Un aroma fuerte, que parecía penetrar en los sentidos y despertar una extraña voluptuosidad.

—¿Qué es eso, Alec? —inquirió su acompañante.

—Un pañuelo de mujer. Apesta a violeta y tiene bordadas unas iniciales. Puede ser una buena pista.

—¿Crees que ha muerto a manos de una mujer?

—No he dicho eso, Loos. Sólo que puede ser una buena pista.

—Esto es cosa ya del *sheriff*. No se trata sólo de un sabotaje, sino de un asesinato. Esto se sale ya fuera de los límites de nuestro ámbito.

—En absoluto, Loos —replicó el agente—. Todo indica que Elmett fue quien preparó el sabotaje mediante un dispositivo de relojería, de forma que el incendio tuviese lugar por la noche. El hecho de que ahora esté muerto no pone fin a nuestro trabajo. Esto es obra de sus propios cómplices. Elmett no era un delincuente habitual, se dejó guiar por la codicia de una buena oferta. Ahora se han asegurado su silencio para siempre. Conozco a la gente del hampa, Loos.

—Sí —murmuró el inspector de seguros—. Este hombre hubiese acabado quizá por confesar toda la verdad, acuciado por su conciencia ante la muerte del vigilante nocturno.

—Exacto. Pero hay algo más. Estamos ante algo mucho más sucio que la simple ratonería de un patrón que quiere cobrar el importe de una póliza de seguros ante la pésima marcha del negocio. El incendio no es un hecho aislado.

Forma un eslabón más en una siniestra cadena cuyo comienzo es la desaparición misteriosa del profesor Maison. Ahora puede llamar al *sheriff* y a Walter Dean. El también debe venir aquí. Y olvide este pañuelo. Usted no ha visto nada.

Ambos hombres no tardaron en presentarse en la vivienda de Max Elmett.

El *sheriff*, de estatura media, achaparrado, de rostro enrojecido, miró a los dos agentes de seguros con desconfianza después de escuchar las explicaciones de Chester Loos acerca de los motivos que los habían llevado al descubrimiento del cadáver.

—¿No han tocado el cadáver? —rezongó.

—Vamos, *sheriff* —replicó Alec—. ¿Por qué habíamos de tocarlo?

Elmett no es una «vedette» precisamente.

El *sheriff* lo envolvió en una mirada furibunda, pero no replicó nada.

Después lo dejaron actuar a su manera, tomando huellas y efectuando el trabajo rutinario del escenario del crimen.

—El señor Dean conocía bien a su capataz —adujo el joven cuando los policías hubieron terminado su trabajo—. Es conveniente que compruebe si echa algo en falta entre todas estas cosas que pertenecieron al difunto Elmett.

—Falta su llavero —musitó el aludido—. Un llavero con sus iniciales y las llaves de todos los departamentos de la fábrica, a excepción de las oficinas y el laboratorio.

—Ese llavero ha desaparecido —masculló Ralph Evans, el *sheriff*—. No está aquí.

—Eso puede encerrar una gran importancia —adujo Alec.

—¿Por qué? —bramó Evans—. ¿Cree que alguien va a dedicarse a robar por las noches en la fábrica de botellas de ácido— Es frecuente la pérdida de esos objetos.

—Desde luego —replicó Alec sin perder el aplomo—. Pero hay aquí algo más profundo de lo que pueda parecer a simple vista. Quiero sugerirle algo, *sheriff*.

—Pues será mejor que no lo haga —explotó éste—. Soy yo quien hace estos trabajos. Y oiga una cosa; nunca me han gustado los hombres que trabajan para las compañías de seguros. No buscan más que sacar dinero a los clientes incautos y nunca quieren soltarlo después. Siempre encuentran la forma de quedarse con todo el dinero o soltar sólo una parte insignificante del mismo.

—Tiene razón en eso, *sheriff* —replicó Alec—. Pero como de todas formas hemos de trabajar juntos en la solución de este asunto, será mejor que procuremos mostrarnos más sociables entre nosotros. Quiero conocer el informe del forense.

—¿Para qué? ¿Para saber que Elmett ha muerto de una cuchillada?

—No. Eso lo vería un ciego, amigo mío. Quiero conocer el tiempo que Elmett lleva en su nueva situación de fiambre.

Evans lo envolvió en una desafiante mirada, que Alec le sostuvo sin parpadear.

Al fin fue el *sheriff* quien cedió.

—Está bien —masculló—. Tendrá ese informe.

Alec y Loos acudieron a la comisaría, en Wyoming Street, unas horas más tarde.

—El forense ha enviado ya su informe —les dijo el *sheriff* al verlos entrar en su despacho.

—¿Y bien?

—Debo reconocer que sus sospechas no eran infundadas. Hace dos días

por lo menos que ese hombre fue asesinado.

—¿No hay duda respecto a eso? —inquirió Alec, interesado por las palabras del *sheriff*.

—En absoluto. He formulado esa misma pregunta al doctor. Su muerte ha podido tener lugar hace más tiempo quizá, pero nunca menos de ese plazo.

Los dos hombres se miraron en silencio.

El dato facilitado por el forense era muy importante y envolvía la muerte del capataz en un enigma más profundo de lo que habían supuesto en un principio.

La visita del capataz al pabellón había tenido lugar en un plazo muy inferior a las cuarenta y ocho horas. Eso quería decir que Max Elmett era cadáver ya cuando estuvo en la fábrica.

—Desconcertante, ¿no? —musitó Loos.

—No tanto —adujo Alec—. Esto evidencia que Elmett es inocente del sabotaje porque no es de presumir que fuese su fantasma el que se presentó en la fábrica. Esto nos lleva hacia otra persona, que usurpó la personalidad de Elmett.

—Esto lo que hace es embrollar el asunto al máximo —gruñó el *sheriff*—. ¿Quién diablos pudo usurpar la personalidad de este desgraciado?

—Es lo que debemos averiguar —añadió Alec, haciendo una señal a Loos, de forma que ambos se despidieron seguidamente del *sheriff* para salir a la calle.

—Adelante, Loos —dijo el joven ocupando su puesto en el baquet del coche—. Estamos aquí para algo y con este *sheriff* no podremos llegar a ninguna parte.

—¿Qué piensas hacer ahora, muchacho?

—Muchas cosas. Buscar alojamiento en primer lugar. Luego volveremos a hablar con Frank Gilbert. El fue el único hombre que habló con el seudo capataz durante su corta estancia en la fábrica. Es posible que recuerde algún detalle de ese hombre que pueda servir para identificarlo. Luego tenemos un pañuelo de mujer; un detalle muy propio en el piso de un solterón recalcitrante. Porque debe saber, Loos, que los hombres que se inclinan por la soltería lo hacen porque les gustan demasiado las mujeres y les aterra la idea de no poder disponer más que de una sola. Alquilieron habitaciones en el South Hotel, en la Diamond Avenue. Y el joven llamó a Walter Dean desde allí.

—Escuche, Alec —replicó la voz del socio de Gordon y de Maison en un tono de excitación—. He estado tratando de localizarlos antes. Han ocurrido novedades. ¿Pueden venir ahora?

—¿Qué clase de novedades?

—Alguien ha destrozado el laboratorio. Gordon acaba de descubrirlo.

Al joven se le frunció la frente en diminutas arrugas.

—Está bien —replicó—. Salimos inmediatamente para allí. ¿Sabe ya lo referente a Elmett?

—Sí. El *sheriff* me llamó hace una hora para decírmelo.

Se apresuraron a bajar y Alec oprimió a fondo el pedal del acelerador, hasta atravesar la amplia puerta del muro.

Se apearon junto a la entrada de las oficinas, donde Walter Dean salió a recibirlos. El hombre estaba lívido descompuesto el semblante.

—Sígueme —dijo con voz opaca—. Esto parece la obra de un loco.

Los condujo a través de un dédalo de corredores hasta una puerta que ostentaba un rótulo que rezaba LABORATORY.

Dean abrió la sólida puerta, que no estaba cerrada con llave, y entraron los tres.

El laboratorio parecía haber sido el epicentro de un ciclón devastador. Como si un loco hubiese sido dejado allí en plena libertad de acción. Probetas, tubos, vasijas... todo había sido destruido a golpes, sembrando el suelo de líquidos y fragmentos de cristales.

—Sí que parece la obra de un loco —repuso Alec—. Sin embargo, esto obedece a un plan deliberado.

—Desde luego —respondió Dean en tono sombrío—. Va a sernos muy difícil continuar adelante este negocio. Esto pone las cosas mucho peor para nosotros. No se trata de un accidente y la Compañía no se hace responsable de una destrucción semejante. Pero ustedes son unos expertos en esta clase de investigaciones y quiero rogarles que traten de descubrir al culpable de esta acción.

—Por supuesto. Pero supongo que será difícil saber cuándo se ha llevado a efecto esta destrucción.

—En un plazo inferior a las ocho horas —alegó Dean—. Hace exactamente ese tiempo que inspeccioné todos los departamentos. Todo estaba entonces en orden.

—¿Cuántas personas tienen llave de este laboratorio? —Maison, Gordon y yo. Nadie más.

—Bueno —replicó Alec con calma—. Eso circunscribe las sospechas sobre ustedes tres. Ignoramos el paradero de Maison, pero eso no quiere decir que no haya podido hacer esto.

—Quizá tenga razón —respondió el empresario—. Pero yo tengo una hipótesis acerca de todo esto. Estoy seguro que alguien, desde el exterior, está tratando de hundirnos del todo.

—¿Por temor a la competencia? —exclamó Alec—. No quiero molestarle, pero tengo entendido que la marcha de este negocio es poco satisfactoria.

—Es cierto eso. Pero es posible que el descubrimiento de Maison tenga algo que ver en el asunto. El dijo en vísperas de su viaje a Washington que confiásemos en él, que el futuro de la empresa era mucho más brillante de lo que nos hubiésemos atrevido a imaginar. No quiso aclararnos nada respecto a su sensacional descubrimiento, pero yo tengo la sospecha de que ha sido secuestrado y alguien que conocía sus proyectos quiere aprovecharse de ellos.

—Bien. Habrá que tomar por ese camino en las futuras investigaciones. Ahora debo hablar otra vez con Frank Gilbert.

—Tendrá que darse prisa. He decidido concederle una semana de permiso. Está desmoralizado por la muerte de su amigo y debe estar

preparándose ya para emprender la marcha.

—Muy razonable.

Frank Gilbert, en efecto, se hallaba en el dormitorio guardando sus efectos personales en un saco de viaje cuando los dos hombres llegaron a él.

—Hola, Frank.

—Hola. ¿Desean alguna cosa más de mí?

—Sí. Espero que disfrute de sus vacaciones, pero antes quiero que responda a unas preguntas.

—De acuerdo.

—¿Se ha enterado de la muerte del capataz Elmett?

Frank lo miró de frente. Pero era la suya una mirada huidiza, una mirada en la que se reflejaba la amargura por la pérdida de un buen amigo muerto de una manera cruel; pero también había en ella la dureza y la seguridad del hombre que ha tomado una determinación y se dispone a seguirla hasta el fin.

—Sí —respondió tras un rato de silencio—. El señor Dean me ha hablado de eso. Alguien usurpó la personalidad de Elmett.

—Exacto. Usted fue el único que habló con ese hombre. ¿Qué le dijo, Frank?

—Bueno; me saludó con la misma seriedad que solía hacerlo el capataz. Estaba algo pálido y le pregunté si se sentía enfermo. Me contestó que no y yo me aleje seguidamente.

—¿No recuerda en él algún detalle que lo diferenciase de Elmett? El color de sus ojos, su dentadura, un tic nervioso, la voz... Comprenda lo que quiero recibir. Cualquier detalle puede ser de gran utilidad para descubrir a ese individuo.

Frank desvió su mirada de la del agente de seguro.

Permaneció breves instantes inmóvil, entregado a una profunda reflexión. En realidad sosteniendo una dura lucha en su interior, una pugna entre el sentido del deber y el nuevo concepto que había formado durante las últimas horas.

—Lo siento —dijo al fin—. No puedo recordar nada que sirva para identificar a ese hombre. Todo era igual en él al capataz Elmett.

—Está bien. Si recuerda algo póngase en contacto, Frank.

—Así lo haré.

Abandonaron el dormitorio.

—Este muchacho sabe más de lo que ha confesado —comentó Alec—. Creo que trata de jugar sus propias cartas. Habrá que vigilarlo.

—¿Complicidad con el saboteador?

—En absoluto. Nunca trataría de llegar a un acuerdo con el saboteador a cambio de su silencio, porque le haría la sensación de estar vendiendo la sangre de su amigo Pigdeon. Simple cuestión de temperamento. Es muy

impulsivo y carece de la experiencia necesaria para controlar sus impresiones.

Regresaron al despacho de Walter Dean.

No había nadie allí. Los dos socios se hallaban en el despacho de Alan Maison y columbraron que sucedía algo desagradable a través de sus hoscas expresiones.

—Han desaparecido todos los apuntes del profesor Maison —replicó Dean a la pregunta del agente—. Dos o tres libretas repletas de fórmulas. Estaban aquí. Yo mismo las vi ayer. Han violentado el cajón para apoderarse de ellas.

—¿Son muy importantes esos apuntes?

—Las fórmulas especiales preparadas por Maison. Sin ellas no podemos continuar trabajando.

—Quizá pensaron encontrar entre esas fórmulas la correspondiente al descubrimiento sensacional del profesor.

—Es poco probable —terció Alec—. No necesitan de esa fórmula si realmente tienen secuestrado al profesor.

A través de la ventana vieron a Frank Gilbert abandonar el dormitorio y encaminarse a un camión que acababa de cargar unas garrafas de ácido clorhídrico y se disponía a abandonar el recinto.

—Continúe usted. Me llevo el coche, Loos —dijo el joven—. Vea de encontrar alguna huella que sirva de algo.

Alec arrancó a buena marcha cuando ya el camión habíase perdido de vista al otro lado de la primera curva del camino.

El trazado sinuoso del mismo facilitaba su labor, ya que las curvas no permitían a los ocupantes del camión cerciorarse de la persecución de que eran objeto.

El vehículo de carga se detuvo a la entrada de la ciudad, frente a un almacén, donde se apeó el vigilante.

Después caminó lentamente por la acera, seguido a una distancia prudencial por Alec.

Frank se encaminó rectamente a un garaje de coches de alquiler, del que salió un cuarto de hora más tarde tripulando un pequeño coche deportivo.

Alec echó tras él, siguiéndole hasta la salida sur de la ciudad. Allí se iniciaba la carretera que conducía a Cañón City, flanqueada durante largo trecho por coquetonas casitas de una y dos plantas, con jardines.

Frank frenó el coche frente a una de las últimas, a la derecha, apeándose. A continuación atravesó con paso decidido el paseillo de grava, pulsando el zumbador de la puerta.

Esta no tardó en abrirse, desapareciendo en su interior el guardia nocturno de la «Maison Co».

Alec se dirigió entonces al surtidor situado en el otro lado de la

carretera, fronterizo a la vivienda donde Frank había entrado, pasando al interior del bar anexo al mismo.

Se situó en una mesa desde la cual podía atisbar la casa a través del amplio ventanal y se dispuso a esperar.

Transcurrieron tres horas largas, monótonas para el agente.

Frank parecía haber echado raíces en el interior. Y nadie entró ni salió de la casa en ese tiempo.

La noche cayó lentamente y empezaron a brillar las luces de elegantes faroles colocados en los frontispicios de algunas casas.

En seguida columbró signos de vida en un costado de aquella casa, donde se alzaba un pequeño garaje. Alec vio alguna silueta confusa, que la oscuridad no le permitió distinguir con precisión.

Poco después un hombre de aspecto afeminado abrió la puerta de la valla que circundaba el jardín y en seguida captó el ronroneo del motor de un automóvil y un vehículo de negra carrocería emergió a la carretera, alejándose de la ciudad.

Alec tuvo una corazonada.

Había seguido a Frank con la seguridad de que aquello podía reportarle datos muy sustanciosos. Ahora se reafirmaba en esa idea. Ahora tenía la convicción de que Frank Gilbert estaba corriendo un serio peligro.

La negra arteria que había terminado con su compañero Pigeon se cernía también sobre él.

No vaciló lo más mínimo. Subió con rapidez a su coche y arrancó tras el negro turismo.

No reparó entonces en el sujeto de rasgos afeminados que procedían a cerrar nuevamente la valla de madera ni en su aviesa mirada. Una mirada que le habría despertado una profunda aprensión de haber podido captarla.

Divisó a lo lejos los faros pilotos del coche y se limitó a seguirlo a distancia, guiándose por las luces rojas.

Apenas prestó atención al coche que iba tras el suyo.

Alec se ciñó a la derecha para dejar libre el paso al otro vehículo.

Y se dio perfecta cuenta del peligro cuando ya ambos coches estaban casi emparejados. Lo comprendió al ver asomar por la ventanilla posterior el largo cañón de un ametrallador «Thompson».

Aquella era una revelación de que seguía el buen camino. Pero no se entretuvo en pensar. No había tiempo para ello. La muerte estaba allí, encima de él.

Giró el volante a la derecha al tiempo que se agachaba en el asiento.

El coche acusó con una brusca sacudida el paso sobre la cuneta, estando a punto de derrapar.

Al mismo tiempo se elevó el electrizante tableteo del arma automática y el característico golpear de los proyectiles en la chapa de la carrocería.

Los cristales de las ventanillas se fragmentaron alcanzados por las balas.

Después, el coche rodó por un terreno accidentado, donde la carrocería amenazaba desintegrarse a causa de las violentas sacudidas.

Alec aplicó el pedal del freno.

Acto seguido saltó fuera del vehículo, empuñando su pistola al comprobar que el otro coche daba la vuelta unas yardas más allá.

El automóvil ocupado por sus agresores redujo sensiblemente su velocidad al cruzar de nuevo frente a él, enviándole otra rociada de plomo.

Alec se dejó caer tras las ruedas traseras y respondió al fuego de sus adversarios.

Aquello pareció alarmar al conductor, que arrancó a toda velocidad, desapareciendo pronto de vista.

Alec se apresuró a ocupar su puesto en el baquet y conectó el encendido.

El coche presentaba en su costado izquierdo y en su parte posterior las huellas de la agresión, pero el motor no había sufrido desperfecto alguno.

Alec retomó a la carretera, apretando a fondo el acelerador, hasta alcanzar un cruce de caminos. Dos bifurcaciones que se abrían a la derecha de la carretera y conducían a pequeñas ciudades y rancho aislados.

Tomó por el primero de ellos dejándose guiar por una corazonada.

Se trataba de un camino de tierra blanda al que las lluvias y la falta de cuidados habían convertido en un terreno abrupto, donde las ruedas saltaban con quejumbrosos gemidos de las ballestas.

Al doblar un recodo vio un pequeño prado a su derecha, desprovisto de árboles. Y en el centro del mismo un automóvil, que le pareció reconocer.

Frenó junto a él y se apeó, no tardando en cerciorarse que se trataba del negro vehículo que había estado persiguiendo.

Alec empuñó su arma al comprobar que no había nadie en el interior del coche.

Examinó el terreno alrededor del mismo en busca de algún detalle que le revelase la presencia de los hombres.

Luego caminó con lentitud más allá del prado, hasta alcanzar la cumbre de una pronunciada ondulación.

La luna bañaba el paisaje con su blanca luz espectral, poblándolo de insinuantes sombras.

Frente a él, a menos de doscientas yardas, cruzaba la línea férrea que une Fagall City con Pueblo. Y pudo divisar la silueta de un hombre arrodillado sobre los raíles.

El joven fue acercándose lentamente, con cautela, evitando verse descubierto.

Luego se detuvo al verlo incorporarse y emprender el camino de regreso al coche. Una actitud sospechosa la suya.

La luz del astro nocturno le permitió columbrar mejor sus facciones, lo que le produjo una leve conmoción.

Aquel hombre peinaba sus primeras canas y era más bien bajo, achaparrado. La claridad de la luna no permitía reparar en muchos detalles, pero su rostro tenía un parecido extraordinario con el del difunto Max Elmett.

Frank era el único hombre que había hablado con el falso capataz. Y Frank había ido en busca de aquel individuo.

El hombre se acercó al lugar ocupado por Alec. Y éste saltó de pronto frente a él, encañonándole su arma.

—Un momento, amigo —pronunció en tono ominoso—. No se mueva.

El otro acusó con un sobresalto la intromisión. Luego recobró su calma con rapidez.

—Le advierto que apenas llevo encima ocho dólares. No creo que puedan servirle de mucho.

—Ahórrese los sarcasmos. ¿Cuál es su nombre?

—Jay Duncan.

—Usted tiene ya una idea de por qué lo he seguido hasta aquí. Usted se hizo pasar por el capataz Elmett para provocar un sabotaje en la «Maison Co».

—¿De qué diablos está hablando, amigo? —masculló el otro—. Me parece que le ha cogido la cabeza el sol.

Pero el joven advirtió la nota falsa de su voz; una nota clara de ansiedad, la convicción de haber caído en una trampa.

—De nada van a servirle sus protestas de inocencia, Duncan —siguió diciendo el joven—. Usted es el responsable de la muerte de Pigdeon. Ahora tendrá que confesarlo todo. Todo, ¿comprende? —subrayó—. No pertenezco en realidad a las fuerzas de la ley y eso me da derecho a emplear ciertos métodos.

El sudor, un sudor frío, empezó a bañar la frente de Jay Duncan. En la luz que ardía en sus mirada, en sus gestos, veía que Alec estaba dispuesto a llevar hasta el fin sus amenazas.

—¿Dónde está Frank Gilbert? —inquirió el joven—. Como ve, sus amigos no han podido cortarme el paso con sus balas. Vamos; responda.

—¿No lo imagina? —respondió Duncan en tono gélido.

—Exacto. No tardará en cruzar por aquí un tren de pasajeros. Será un buen final para ese entrometido.

Duncan flexionó de pronto la pierna diestra hacia arriba, arrancando la pistola de la mano de Alec. A continuación llevó su diestra a la funda axilar para empuñar su propia pistola.

Alec reaccionó a tiempo. Se abalanzó con ímpetu sobre él, arrastrándolo al suelo y frenando su movimiento.

Se abrazaron en el suelo, rodando sobre sí mismos y forcejeando con

todas sus fuerzas para conseguir una ventaja sobre su rival.

Duncan logró situarse sobre el joven y oprimió su garganta entre sus manos.

En ese momento les llegó el estridente silbido de la locomotora y empezaron a percibir el traqueteo de las ruedas sobre el camino de hierro.

Alec sintió los primeros síntomas de la asfixia. Jay le tenía bien cogido.

Pero la proximidad del tren fue un acicate para él; tan fuerte como su propio instinto de conservación. Dos vidas dependían de él. Y una era la suya propia.

Flexionó el cuerpo hacia arriba, doblándose al mismo tiempo por la cintura y el cuerpo de Jay Duncan salió proyectado sobre su cabeza como una catapulta.

Alec cargó rápidamente contra él.

Le enlazó un brazo y se lo retorció contra la espalda. A continuación le desposeyó de su pistola, que empuñó por el cañón para propinarle un fuerte culatazo.

Una reacción rápida, sin vacilación alguna, de hombre habituado a tomar decisiones súbitas en casos de emergencia como aquel.

No había tiempo que perder. Un simple retraso podía impedirle librar a Frank Gilbert de una muerte horrible.

Duncan se desplomó como un toro apuntillado y el joven corrió hacia el lugar donde lo había visto arrodillado.

El trepidar del tren se intensificó al entrar de lleno en la pronunciada vuelta que precedía a la recta donde debía encontrarse el joven Frank.

Lo vio, pero no donde había calculado que debía encontrarse. El cambio de posición lo había desorientado y un leve retraso era suficiente para que todo quedase consumado.

El cuerpo de Frank se hallaba demasiado cerca de la locomotora, en la misma dirección en que venía el tren, cuya luz del potente foco les dio de lleno al enfilar la recta. Estaba a unas diez yardas de distancia y casi tardaría tanto en alcanzarlo como las primeras ruedas del convoy.

No lo pensó. Estaba en peligro una vida humana y no cejaría en su empeño de salvarla hasta el último instante.

Su mano se cerró en el hombro del inconsciente Frank y se echó rápidamente atrás.

Ambos cayeron envueltos fuera de las piedras sobre las que se asentaban los raíles, sintiendo la masa de aire empujada por la mole y una vaharada de vapor.

El tren cruzó junto a ellos, alejándose con su estrépito característico.

Entonces Alec se incorporó y arrastró al joven hasta un cercano regato, donde le empapó de agua la frente y la nuca.

Frank volvió en sí lentamente, palpándose la parte del occipital donde había sido golpeado. Hasta que recobró la noción de las cosas.

—¿Dónde estamos? —balbució.

—De paseo en el campo, hermano —respondió Alec con sutil ironía—. Usted ha estado a punto de largarse muy lejos de aquí; un viaje de ida sin retorno.

—Usted es el agente de seguros. Ahora lo reconozco.

—Sí. Lo seguía hasta la casa de Duncan. Imagino que fue a pedirle cuentas por su representación de Max Elmett, ¿no?

—Exactamente. Me golpearon por la espalda y no recuerdo más.

—Lo habían colocado en la vía para que el tren lo hiciese rebanadas.

Frank se estremeció.

—Creo que ha sido usted muy oportuno —musitó con voz apagada—. Le debo mucho. Creo que es la vida lo que uno más aprecia.

—Pues usted no parecía opinar así esta tarde.

—¿Cómo se le ocurrió seguirme?

—Cuestión de intuición. Eso que se dice una corazonada.

—Pero cómo pudo adivinar mis intenciones?

—No se mate la cabeza pensando en eso, Frank. Venga ahora conmigo. El amigo Jay Duncan nos espera.

Duncan continuaba sumido en la inconsciencia, aunque ya empezaba a agitarse levemente.

—De forma que reconoció a este pájaro y decidió tomarse la justicia por su mano, ¿eh, Frank? —inquirió el agente.

—Sí —replicó el aludido con voz opaca.

—¿Cómo lo reconoció.

El vigilante de la «Maison Co» se inclinó sobre Duncan y le empujó hacia un lado la cabeza, mostrando su mejilla izquierda.

—Vea esta verruga negra —dijo—. Es lo único que lo diferencia de Max Elmett. Con la ropa que habitualmente usaba el capataz nadie hubiese podido descubrir

la superchería.

—Tiene razón. Este hombre suplantó al capataz para que la culpa del sabotaje recayese sobre él. Su parecido con este hombre fue lo que realmente costó la vida a

Elmett. Pero calcularon mal el tiempo y el fallo del forense echó por tierra todos sus planes.

—Creo que acierta en eso —adujo Frank—. Cuando supe lo ocurrido al capataz recordé de inmediato esta verruga.

—¿Por qué tomó esta absurda decisión, Frank? —le

amonestó—. Fue un grave error por su parte. Nunca debió dejarse influenciar por las películas de El Santo o el Agente 007. La realidades muy distinta.

—Es cierto —reconoció el joven—. Pero Pigdeon era más que un compañero de trabajo o un amigo con quien se acude por ahí a divertirse un rato. Hemos sido desde niños los mejores camaradas del mundo. Pigdeon iba a

casarse muy pronto con mi hermana Mary. Ellos estaban muy enamorados.

—¿Dónde conoció a este buharro?

—En el «Warrior Club». Duncan era un cliente habitual y Pigdeon y yo habíamos comentado muchas veces su extraordinario parecido con Max Elmett. Cuando supe la verdad recordé en seguida su verruga y comprendí que sólo podía tratarse de él.

—Entiendo. Y será mejor que esto le sirva de lección y aprenda a controlar sus impulsos en lo sucesivo.

Alec se arrodilló junto al hombre al verlo abrir los ojos.

—¿Se da cuenta, mastodonte? —masculló—. Frank Gilbert está aquí

sano y salvo. Y usted va a lamentar haber nacido. Creo que le esperan a usted unas vacaciones pagadas por el Estado y una breve estancia en la cámara de gas.

Duncan se incorporó con torpes movimientos, frotándose la parte dolorida de su cabeza.

—Venga conmigo, Frank —adujo el agente, empujando al hampón hacia el coche—. Dejaremos a este coyote en manos del *sheriff*.

Una vez en la comisaría, el joven relató lo sucedido al *sheriff*, que le escuchó boquiabierto, como si le costase un ímprobo esfuerzo dar crédito a lo que estaba oyendo.

—No ponga esa cara tan difícil, *sheriff* —dijo Alec—. Enciérrelo en una celda. Luego tome declaración a Frank. Llamaré mientras a Loos. Necesitamos que este pájaro confirme la declaración de Frank de que el incendio fue provocado para no pagar esa póliza a cuenta del seguro.

—Ya me parecía a mí —rezongó el *sheriff*, llevando al preso hacia las celdas—. Sería la primera vez que una compañía de seguros soltaba la «tela» sin oponer resistencia.

Cuando llegó Loos entraron los tres hombres en la celda del detenido, enviando a los dos hombres a efectuar un registro en la vivienda de Duncan, donde no encontrarían otra cosa que le comprometiera que el llavero que había pertenecido al difunto Max Elmett.

—Hable, Duncan —le instó Alec—. Es mejor para usted. ¿Por qué provocó el incendio después de asesinar a Elmett?

Las facciones de Duncan dibujaron una expresión de cinismo.

—Usted ha tenido pesadillas o sufre de alucinaciones. No va a asustarme como a un niño con el cuento del «coco». Soy ya un hombre, hermano.

—No, Duncan; usted ignora en absoluto lo que es ser un hombre. He conocido a otros hampones de su calaña y son todos iguales. Se muestran valientes cuando dominan la situación, pero son verdaderas ratas asquerosas cuando se encuentran frente a una fuerza superior. Entonces no hay el menor vestigio de heroísmo en ustedes. Es usted un cochino hampón, Duncan; un asesino a sueldo. Usted mata por simple codicia.

—No pueden acusarme de nada de eso que está diciendo.

—¿No? Es responsable de la muerte de Pigdeon y de Max Elmett. También ha intentado hacer lo propio con Frank Gilbert. Usted vendería por codicia a su propio padre o a su mejor amigo. El día que el verdugo dé cuenta de ustedes le aseguro que habrá fiesta en los infiernos.

Duncan se removió inquieto, pero mantuvo sellados los labios.

—No hay escape para usted, Duncan —intervino el *sheriff*—. No trate de equivocarse. Frank lo reconoció en la fábrica y Alec es testigo de su nuevo intento de asesinato. Una confesión espontánea de los hechos puede favorecerle mucho ante el tribunal que lo juzgue. Sabemos que todo esto

no ha sido organizado por usted. Alguien mueve los hilos de la trama desde las sombras,

—Exacto —terció Alec—. ¿Quién le paga por esto, Duncan? ¿Qué otros hombres trabajan para usted en este asunto? ¿Qué han hecho con el profesor Alan Maison? ¿Qué se proponen con todo esto?

—Nadie me paga por nada; no trabajo para nadie —replicó—. Ustedes están delirando. Tiene la suspicacia de todos los empleados de las compañías de seguros; esa costumbre de inventar embustes para no soltar el dinero.

—Eso no sirve, Duncan. ¿Alguno de los dos socios, Gordon o Dean, están complicados en este asunto?

Duncan no contestó de inmediato.

A pesar del cinismo de sus palabras anteriores, gruesas gotas de sudor perlaban su frente; un sudor frío, de angustia.

Pese a todo, su primera impresión de pánico ante las primeras palabras de los tres hombres había cedido. Ahora podían leer en sus pupilas una expresión de esperanza. La esperanza de escapar incólume de aquel mal paso. Quizá porque los organizadores de aquello tenían un poder ilimitado, una gran influencia.

—No hablaré —dijo al fin—. No contestaré a ninguna de sus estúpidas preguntas. No lo haré más que en presencia de mi abogado. La Quinta Enmienda de la Constitución me protege en este caso.

—¡La Quinta Enmienda de la Constitución! —masculló Alec—. A veces creo que los nazis tenían toda la razón del mundo cuando crearon la Gestapo.

—No se haga ilusiones respecto a su futuro —bramó el *sheriff*—. Su suerte está ya echada. Los hombres para quienes trabaja han podido darle toda clase de seguridades para el futuro, pero le aseguro que le han engañado en eso. No hay el menor resquicio de escape para usted.

La incertidumbre volvió a Duncan, al que asaltaban alternativamente oleadas de valor y un profundo temor a las consecuencias.

Prefirió encerrarse en un mutismo absoluto pese a todo, que no pudieron romper con un largo interrogatorio, enervando al máximo sus nervios.

Duncan supo resistir las crisis que se produjeron en su ánimo y finalmente el *sheriff* dio por terminado el interrogatorio, encerrándolo en su celda.

—Es inútil —farfulló Alec—. Este hombre tiene plena confianza en el poder de sus amos. Eso es lo que amordaza su lengua. Avísenos si ocurre alguna novedad, *sheriff*.

—Está bien.

Ambos hombres se retiraron al hotel, reuniéndose en las habitaciones de Loos para sostener un cambio de impresiones.

Allí había algo mucho más profundamente siniestro de lo que habían supuesto en un principio, pese a la intuición de Alec en este sentido. La misteriosa desaparición del profesor Maison después de haber hecho un sensacional descubrimiento, el incendio del pabellón, la destrucción del laboratorio, el robo de los apuntes...

Eslabones que formaban una siniestra cadena.

Alec efectuó al día siguiente unas averiguaciones respecto a la vivienda de Duncan, que no dieron el menor resultado. Todo estaba allí en perfecto orden. Figuraba a nombre de Jay Duncan y los restantes hombres que habían efectuado el atentado contra Alec no aparecieron por parte alguna.

Al anochecer se reunieron otra vez en las habitaciones. Y el repiqueteo del timbre del teléfono los sacó de pronto de su abstracción.

Fue Loos quien lo atendió.

—¿Hola?

—¿Alec Gielgud?

—Está conmigo. Soy Loos.

—Es lo mismo —adujo el *sheriff*—. Supongo que ya me habrá reconocido.

—Desde luego.

—Ha ocurrido una novedad.

Loos captó el tono de ansiedad del representante de la ley en Fagall City y miró al joven, que se había acercado para escuchar íntegra la conversación entre los dos hombres.

—¿Qué clase de novedad, *sheriff*? —inquirió.

—Una llamada de la «Seccional» del F.B.I. en Denver. El inspector Carpenter, del Departamento de Homicidios, me ha ordenado conducir a Jay Duncan a la capital del Estado sin pérdida de tiempo. Alec tiene razón y aquí hay algo muy turbio.

—¿Cuándo emprenderá la marcha?

—Dentro de una hora —respondió el *sheriff*—. El inspector lo quiere tener allí cuanto antes. Me ha recomendado que adopte precauciones para evitar que alguien pueda emplear la violencia para librar a Duncan. Atenderé los consejos que me ha dado al respecto.

—Está bien. ¿Hay inconveniente en que vayamos con usted? Me gustaría hablar con el inspector Carpenter a propósito de esto.

—Pueden venir —arguyó el policía—. En el mismo coche patrullero. Sólo viene conmigo un policía. El otro debe permanecer en la comisaría.

—¿Cómo se ha enterado el inspector de la detención de Duncan?

—Lo ignoro. Y es extraño.

Los dos hombres se encaminaron rectamente a la comisaría sin hacer comentario alguno.

El inspector Carpenter podría aclararles muchas cosas al respecto, aunque Alec tenía una idea bien definida de lo que estaba ocurriendo. Y

era lógico suponer que el F.B.I. estaba trabajando en el asunto de la desaparición del profesor Alan Maison. Alguno de sus agentes estaba en Fagall City trabajando en las sombras.

Caía la tarde cuando Duncan fue sacado de su celda y pasó a ocupar el asiento posterior del coche patrullero, entre el *sheriff* y Chester Loos.

Alec Gielgud se situó junto al policía de uniforme que conducía el vehículo, que partió seguidamente.

El *sheriff* ordenó al policía soslayar la carretera principal que conducía rectamente a Denver, la capital de Colorado.

Era evidente que aquello desbordaba toda la capacidad de percepción de Evans y lo único que se mantenía en su mente era un temor casi supersticioso de sufrir una sorpresa desagradable, suscitado por las palabras del inspector federal. De forma que se limitó a cumplir fielmente las instrucciones recibidas de éste.

Así, tomaron por un viejo camino de tierra, poco utilizado; una vieja ruta de caravanas de los tiempos heroicos de la colonización, que recorría la región al norte del pico «Pikes» entre bosques y pequeñas granjas, cruzando el Arkansas casi por su nacimiento y la zona de las minas de carbón. Una ruta que podía librarlos de la temida sorpresa. Esa era al menos la idea del inspector federal al sugerirla y también la del *sheriff* al aceptarla.

El cielo mostraba un denso telón de nubes negras. Soplaban un viento racheado, muy fuerte, que llegaba impregnado de un fuerte olor a humedad, anunciando la proximidad de la tormenta.

Empezaron a caer las primeras gotas cuando apenas habíanse alejado unas cinco millas de Fagall City.

En seguida el cielo se iluminó con el vivo resplandor de un relámpago, zigzagueó el rayo ante ellos y percibieron el estampido del trueno.

Aquella fue la señal para que se desatase el aguacero. Una tromba de agua que caía en densa cortina sobre ellos, repiqueteando en la carrocería y formando regatos en el camino.

Se empezó a formar un barro espeso, dificultando también la visibilidad, lo que obligó al conductor a reducir sensiblemente la velocidad.

Los neumáticos resbalaban con frecuencia en el pegajoso légamo, donde se hundían en algunos tramos varias pulgadas.

Empezaron a atravesar un bosque de pinos, no muy frondoso, que se extendía a ambos lados del solitario camino.

Al doblar un pronunciado recodo el policía hundió a fondo el pedal del freno al apercibirse del obstáculo que interceptaba el paso. Un tronco de escaso grosor derribado en el camino.

Las ruedas gimieron de un modo quejumbroso al patinar sobre el barro,

deteniéndose a escasas pulgadas del tronco.

Alec se dispuso a salir afuera.

—No pierda mucho tiempo —adujo el *sheriff* entregándole un impermeable—. Si ve la posibilidad de dejar expedito el camino con facilidad, lo haremos. Pero si es cuestión de perder tiempo, daremos vuelta para tomar la carretera general. Ni el inspector Carpenter ni yo habíamos contado con esta tormenta. Este camino se ha convertido en un infierno.

—De acuerdo, *sheriff*.

Alec saltó afuera.

La lluvia, muy densa, y la oscuridad impedían la visibilidad aun a corta distancia a ambos lados del camino.

Pero el cielo continuaba iluminándose a intervalos con el resplandor de los relámpagos que rasgaban las tinieblas y la luz de los relámpagos alumbraban el tronco con nitidez, permitiendo trabajar cerca de él.

Alec examinó el tronco derribado.

Torció el gesto al comprobar que el corte era reciente, efectuado a golpe de hacha.

No se trataba de un accidente, el tronco no había caído bajo la acción del viento o derribando por un rayo, sino que se trataba de un acto premeditado por alguien. Y los taladores no trabajaban en aquel bosque.

Se acercó al coche, cuya portezuela posterior permanecía abierta.

—Alguien ha cortado ese árbol a propósito, *sheriff* —dijo—. Esto debe formar parte de ese plan violento para liberar a Duncan que temía el inspector federal.

Se acentuó el gesto de preocupación de Evans.

—Le creo, Alec —exclamó—. ¿Qué sugiere que hagamos? Usted es también un hombre experimentado en estas lides.

—Bueno —replicó el joven—. Creo que merece la pena arriesgarse a seguir adelante. Está el factor tormenta. No creo que los hombres que han hecho esto hayan contado con esta maldita tormenta. Esto puede impedirles quizá llevar adelante sus planes. Entre tres hombres podremos retirar ese tronco con facilidad.

—Iré yo —dijo Evans—. Cuide usted del prisionero, Loos. Hay que obrar con rapidez. Es posible que consigamos de esa forma seguir adelante sin novedad.

El inspector de seguros sacó su pistola mientras el *sheriff* y el policía de uniforme se apeaban.

De un modo u otro los organizadores de aquel sucio negocio estaban al corriente de los planes del *sheriff*. De nada parecían haber servido las precauciones adoptadas para el traslado del preso hasta la «Seccional» del F.B.I. en Denver.

Alec se fijó en la extraña expresión que contraía las facciones de Duncan.

Una íntima satisfacción sustituía al abatimiento producido por la noticia del interés que su captura había despertado en la policía federal.

Las palabras que acababa de oír le revelaban que no estaba solo, que sus compañeros estaban dispuestos a sacarle del atolladero.

—Apague las luces interiores del coche, Loos —dijo el joven—. Es la mejor forma de no servir de blanco a un tirador apostado. Nosotros tendremos que correr ese albur.

Los dos hombres se apresuraron a situarse junto a Alec y echarle una mano para retirar el tronco.

—Esto no me gusta nada —masculló el policía mirando con desconfianza hacia la oscuridad del bosque—. Debemos ofrecer un blanco magnífico bajo la luz de los faros.

—No sea agorero, Ernie —barbotó el *sheriff*.

—No creo que pretendan liquidarnos a todos para salvar a ese hampón —adujo Alec—. Y no piense más en ello. La tempestad no les favorece.

Duncan había sacado sus piernas al exterior por la abierta portezuela, sonriendo aviesamente. El sí esperaba la acción de sus compañeros a pesar de la tormenta.

Entre los tres hombres elevaron la copa del árbol para hacerlo girar hacia un lado y colocarlo paralelo al borde del camino.

Duncan continuó inmóvil, apoyando sus pies en el estribo, haciendo caso omiso del agua que caía sobre sus piernas. Todos sus músculos estaban en tensión, consciente de su próxima liberación.

Brilló un nuevo relámpago.

Antes que se produjese el estampido del trueno captaron un seco restallido, amortiguado por el continuo ruido de la lluvia.

Duncan emitió de pronto un bronco bramido, precipitándose de bruces a continuación.

Su cráneo produjo un sonido escalofriante al golpear en una piedra que sobresalía del barro.

Loos saltó afuera, arrodillándose junto al caído cuerpo del hampón.

Los tres hombres se apresuraron a ir a su lado.

Lo volvieron, mirando el siniestro orificio de su frente, por el que manaba la sangre en abundancia, mezclándose con el barro.

—Muerto —musitó Alec—. Le han perforado el cajón de las ideas. Este hombre había concebido grandes esperanzas ante el curso de los acontecimientos. Estaba seguro de que venían a salvarlo. Pero ellos se han limitado a cerrarle la boca para siempre. Algo que evidencia que no son tan fuertes como Duncan presumía.

4

Alec se irguió como impelido por un resorte.

La muerte de Jay Duncan cerraba la puerta abierta para descubrir a los hombres que manejaban los hilos de la tragedia. Pigdeon y Elmett habían sido vengados en cierto modo, pero quedaba el hecho en pie.

El constructor de la siniestra cadena continuaba en libertad de acción y otros hombres podían morir por su locura o su codicia. Nuevos eslabones sangrientos.

—El disparo ha partido de ahí —dijo señalando la parte diestra del bosque—. Sería buena cosa poder atrapar a ese cazador furtivo de hombres.

Empuñó la pistola y se lanzó impulsivamente hacia delante, seguido del policía Ernie.

Mientras, Loos y el *sheriff* procedieron a meter en el coche el cadáver de Duncan.

El terreno del bosque era accidentado, rugoso, formando grandes zanjas y desniveles que la hojarasca cubría, impidiendo adivinar lo que se ocultaba debajo de cada montón.

La tormenta se alejaba impulsada por el viento, que ya no se dejaba sentir tanto a ras de tierra.

La lluvia cedía en intensidad, aunque los relámpagos continuaban sucediéndose casi sin interrupción. No obstante, los truenos llegaban retrasados, evidenciando su lejanía.

Alec corrió por el bosque haciendo caso omiso de los tropezones y las matas, que rasgaban su impermeable y sus pantalones por varios puntos inferiores.

Pisó de súbito en un montón de hojarasca, que cedió bajo sus pies, precipitándose en un hueco de más de una yarda de profundidad en cuyo fondo se acumulaba el agua.

Captó el estampido del arma de fuego al tiempo que su cuerpo se hundía en el vacío. Y el ruido del proyectil al incrustarse en el tronco situado a sus espaldas después de haber atravesado el espacio ocupado por su cuerpo una fracción de segundo antes.

Un casual accidente que acababa de salvarle la vida.

Emergió del agujero de la tierra con elásticos movimientos al tiempo que Ernie llegaba junto a él.

—¿Se encuentra bien, Alec?

—Por supuesto. Esto sólo ha sido un baño de impresión.

Continuaron corriendo juntos en la misma dirección en que había provenido el último disparo.

La luz de un relámpago les permitió ver de súbito la silueta del fugitivo corriendo entre los árboles.

Un hombre que vestía un traje gris, cubría su cabeza con un sombrero de fieltro del mismo color y portaba en su diestra un rifle de repetición con punto de mira telescópico.

Dispararon al unísono en esa dirección.

Sin embargo, cuando se produjo un nuevo relámpago no pudieron ver ya al asesino de Duncan.

Siguieron adelante. Y unos minutos más tarde percibieron el gemido del motor de un auto lanzado a toda velocidad.

Desistieron de continuar la persecución.

El asesino había podido escapar al fin. Emprendía la fuga en un coche y no podía pensarse, dadas las circunstancias, en darle alcance. Pero habían obtenido un dato que podía encerrar una importancia trascendental para la solución del caso.

Regresaron al coche.

—¿Qué pasó, Ernie? —indagó el *sheriff*—. Hemos oído disparos.

—Cierto. Un accidente fortuito a librado a Alec de caer bajo los balazos del asesino. Un hombre vestido con un traje gris y sombrero de fieltro del mismo color. No hemos podido distinguir sus facciones.

—No creo que eso nos sirva para poder llegar a ninguna parte —rezongó Evans de mal talante.

—Es posible que sí —adujo Alec—. Puede tratarse de una coincidencia, pero sería demasiada casualidad. Walter Dean y Jasper Gordon tienen sendos trajes de ese color. Los llevaban puestos esta mañana. Cualquiera de los dos ha podido hacer esto.

—Eso es aventurar demasiado —barbotó Evans—. Recuerde al capataz Elmett. No llevó a cabo el sabotaje y usted estaba convencido de que era el responsable. Debe haber muchos hombres en Fagall City que posean trajes grises.

—Desde luego. Pero yo me inclino a sospechar que uno de ellos, o los dos, están complicados en este feo asunto.

—¿Qué razón tendrían para ello? —adujo el *sheriff* en tono sombrío—. Ambos salen perjudicados con estas cosas que están sucediendo en la fábrica.

—Eso es lo que falta por aclarar, *sheriff* —respondió el joven, envolviendo a Evans en una suspicaz mirada al darse cuenta de la torpeza con que se expresaba el representante de la ley.

—Bien —dijo éste—. Regresamos a Fagall City. Hablaré con el

inspector Carpenter por teléfono. De nada puede servirle ya que le llevemos un cadáver.

Ernie se hizo cargo del volante, dando media vuelta para dirigirse a la ciudad.

—Vamos, *sheriff* —habló Alec al cabo de un rato de silencio—. Escupa lo que sea. Usted tiene algo en el buche.

—Es cierto —dijo al fin éste—. Después de lo que usted ha dicho antes estoy pensando que quizá tenga razón en lo que se refiere a Gordon y Dean. Llamó Gordon desde la fábrica esta tarde. Frank les había comunicado la detención de Duncan y quería saber si éste había confesado ya. Acababa de hablar con el inspector Carpenter y le expliqué todo lo sucedido.

—Vaya. Es usted un sabueso sin olfato. Mal síntoma. Nunca debió decirle que pensaba tomar este viejo camino para conducir al preso.

—La verdad es que no di importancia al hecho —espetó el *sheriff*, amoscado por el tono empleado por Alec—. Conozco a Dean y a Gordon desde hace tiempo. Siempre los he tenido por dos hombres intachables.

—Pues creo que habrá que tacharles de algo. Y a usted también.

—¿De qué había que tacharme a mí? —bramó colérico el *sheriff*.

—De la lista de la policía.

—Los detendré y...

—No diga tonterías. ¿De qué puede acusarlos? Hacen falta pruebas. Y eso es lo que hay que conseguir. Si obra con esa precipitación, esa estrella que lleva en su camisa sólo le servirá para estrellarse del todo.

Loos y Alec se apearon en la comisaría, despidiéndose del *sheriff* y de Ernie que iban a llevar el cadáver al Depósito.

Había dejado de llover. El núcleo principal de la tormenta se alejaba hacia el Este y podían verse ahora grandes retazos del cielo tachonado de rutilantes estrellas.

Ambos hombres llegaron al hotel, entrando en la habitación de Loos.

—¿Qué se puede hacer ahora, Alec? —preguntó el inspector de seguros—. Es como volver a empezar, pero sin base ahora de partida.

—Hay que buscar esa base. Yo lo haré.

—Un momento, Alec —añadió el hombre—. Antes de nada quiero darte un buen consejo. Creo que ha quedado bien claro lo que a nosotros interesa. La declaración de Frank y los hechos en que ha intervenido Duncan dejan bien claro que el incendio fue provocado. La Compañía se da por satisfecha con eso.

—La Compañía sí, pero yo no —replicó el joven—. Voy a llegar hasta el fin. El incendio de ese pabellón ha sido como un reto y yo lo acepto.

—Es muy peligroso. Has tenido ocasión de comprobar los métodos de que se valen estos hampones para llevar a cabo sus fines.

—Me gusta el peligro. Está decidido. Usted sabe por qué.

—De acuerdo —concedió Loos con un gesto de resignación—. ¿Qué piensas hacer?

—Cambiarle de ropa —dijo Alec con flema—. El paseo por el bosque sin luz de luna ha dejado mi traje hecho una lástima. Luego giraré una visita al «Warrior Club». Jay Duncan era un cliente habitual allí. Tengo ganas de divertirme y es posible que allí pueda ver a un individuo con aspecto de marica, muy amigo de Duncan.

Alec hizo su entrada en el «Warrior» una hora más tarde.

Se trataba de un club de regular categoría. La pista era amplia y actuaba en ella, alternando con las piezas bailables para los clientes, un conjunto de «girls» con una cantante al frente cuya voz desaparecía absorbida por la orquesta.

Una deficiencia que el público apenas advertía. Su atención se centraba más en todo aquello que las abiertas faldas dejaban al descubierto. Las muchachas tenían asegurado el éxito con solo mostrar pródigamente al público una buena parte de sus encantos.

Alec se detuvo cerca de la entrada, paseando su mirada por todos los ámbitos de la sala.

Divisó a Walter Dean en el mostrador y se dirigió rectamente a su encuentro.

El socio de Maison y Gordon parecía estar más lejos de las sospechas que su compañero, pero no podía descartarse del todo su complicidad.

—Buenas noches, Dean —saludó.

El hombre respondió a su saludo con una sonrisa de cordialidad.

—Hola, Alec. ¿Quiere beber conmigo?

—¿Está seguro de que desea realmente que yo beba con usted, Dean?

—¿Qué le hace suponer que no sea así?

—El hecho de que parece usted muy impaciente por marcharse.

—Tiene usted «madera» de sabueso, Alec —sonrió—. He oído hablar de sus tiempos de policía en Chicago y detective privado después. Pero sólo ha acertado en parte. Estoy impaciente por alejarme del mostrador, pero no del club. ¿Quiere acompañarme, Alec?

—¿Adonde?

—A uno de los reservados. Espero a unos invitados.

—Entonces no sé si debo aceptar.

—Claro que sí. Voy a serle sincero. Llamé a su habitación del hotel hace un par de horas. Quería tener un cambio de impresiones.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de lo sucedido en la fábrica estos últimos días. Tengo una terrible sospecha.

Alec leyó la ansiedad en su mirada.

—De acuerdo, Dean. Vamos a ese reservado —aceptó.

Walter lo condujo por una escalerilla que se abría al fondo de la sala,

junto a la pista.

Los reservados se hallaban situados en la planta superior. Un largo corredor con una hilera de puertas en su parte izquierda.

Walter abrió la correspondiente al reservado señalado con el número cuatro.

Se trataba de un cuarto de regulares dimensiones, con una mesa, un diván y cuatro sillones. Una reducida ventana permitía ver desde allí la sala. Las paredes estaban construidas a prueba de ruidos.

—Bonito rincón, ¿eh, Dean? —ironizó el joven.

—Sí. Hay quien llama a estos reservados el «paraíso de los viejos verdes».

—Comprendo. Le cae bien el título. Es una lástima que estos muebles y estas paredes no puedan hablar. La de cosas que contarían. Particularmente el diván. Escalofría pensar lo que habrá tenido que soportar encima.

—Bueno. Creo que el que inventó los divanes lo hizo con toda la malicia del mundo. Quiero continuar siéndole sincero. Espero a tres personas, que le gustará conocer. Una de ellas es una mujer interesante; la más interesante para mí.

—El amor es estrictamente personal, Walter —respondió Alec—. Usted ama a esa mujer a que se ha referido hace un instante. Y en amor siempre sobra un tercero, a no ser que este tercero tenga la facultad de convertirse en un diván.

—No hay caso esta vez, Alec; se lo aseguro. Todo discurre dentro de la mayor formalidad.

—Bien —adujo el joven—. Cuénteme esa terrible sospecha suya. Es al fin y al cabo para lo que me ha traído aquí.

Se tornó hosco, sombrío el rostro del empresario de productos químicos.

—Tiene razón —susurró—. Es a propósito de Gordon. Es un gran amigo y siempre he estado seguro de su integridad. Pero le encuentro algo raro en estas últimas semanas.

—Comparto su sospecha. La desaparición de Maison, el incendio, la destrucción del laboratorio... Por fuerza parece indicar todo eso que alguien muy afincado dentro de la fábrica ha colaborado con los hampones, como Duncan.

—Exacto.

—Es cosa de averiguar en ese sentido. Pensaba hacerlo, Dean. Me alegro que usted me haya dicho eso. Ahora dígame una cosa. ¿Qué hubiese hecho usted de haberse encontrado en el lugar de Gordon la noche que se produjo el incendio del pabellón?

—Tratar de apagarlo con los extintores.

—Ya. Dígame otra cosa, Dean. ¿Es usted un buen tirador de rifle?

—No me atrevería a fanfarronear a costa de eso. Desde luego puedo jurarle que de haber vivido hace cien años, Buffalo Bill jamás me hubiera admitido entre sus colaboradores a causa de mi habilidad con el rifle. Habría hecho un triste papel

El joven estudió con atención todos sus gestos a partir del instante en que formulaba la pregunta.

No observó nada anormal. Dean había reaccionado con naturalidad, fuera de toda duda. Un aplomo difícil de conseguir ante una pregunta tan directa e inesperada en el caso de haber estado complicado en la muerte de Jay Duncan.

—¿Qué me dice de su socio Jasper Gordon respecto a eso? —insistió a continuación.

Walter hizo un gesto significativo con la diestra.

—Eso es otra cosa. Gordon es un tirador excelente, amigo mío. Donde pone el ojo pone la bala. Es así como se dice, ¿no? Ha ganado varios trofeos con un rifle entre las manos.

Hablaba en un tono ligeramente sarcástico, pero se puso serio de repente y miró al joven con redoblada atención al inquirir:

—¿Estas preguntas están relacionadas de algún modo con los sucesos que nos afectan?

—Exactamente. Están relacionadas de un modo muy directo.

—Pero... que yo sepa nadie ha muerto hasta ahora de un disparo de rifle. Elmett fue acuchillado y el pobre Pigdeon pereció abrasado entre las llamas.

—Alguien disparó contra Jay Duncan con un rifle desde una distancia aproximada de trescientas yardas, aprovechando el rápido resplandor de un relámpago para endosarle un balazo en la cabeza. Creo que se necesita una extraordinaria habilidad para hacerlo en esas condiciones. Es el motivo por el que no pudo localizarme antes en el hotel. Acompañé al *sheriff* con el preso en su viaje a Denver.

—¿Pudieron ver al asesino? —inquirió tras un corto silencio entregado a sus reflexiones.

—No como hubiese sido nuestro deseo. Sólo columbramos que llevaba un traje gris y sombrero de fieltro del mismo color.

Walter Dean se acarició el mentón en actitud reflexiva, mas sin perder el dominio de sus nervios, sin dejar traslucir en su expresión el menor asomo de temor.

—Yo tengo un traje y un sombrero de esas características —dijo.

—Me gustaría comprobarlo.

—Claro. Ha llovido mucho y ese traje debe estar empapado. Es una buena prueba y me gustará que usted lo compruebe. Yo voy a sentirme más tranquilo. Espere un momento, Alec. Es posible que se halle aún en casa la mujer encargada de la limpieza. Ella suele ir por las noches para

preparar algo de cenar.

Se alejó hacia el teléfono instalado en una esquina del mismo pasillo, regresando poco después.

—Se ha marchado ya. Usted conoce la casa. Esta es la llave, Alec. Compruébelo por usted mismo.

Alec aceptó el llavero que le entregaba.

—De acuerdo. Yo también opino que usted se sentirá después mucho más tranquilo. Porque, de todas formas, el detalle del rifle parece encajar con Jasper Gordon, como mis sospechas de todo lo demás. Ahora dígame. ¿Cuál es su opinión acerca de los hechos Dean?

—Para mí todo gira en torno a la desaparición de Alan Maison. Alguien quiere aprovecharse de ese descubrimiento que había hecho. Parece un absurdo de parte de Gordon, puesto que el beneficio para él está en que ese producto pueda ser fabricado por nosotros, pero...

Calló para prestar atención a los pasos que sonaban en el corredor.

—Es posible que sea Gordon —dijo Walter.

—¿Es uno de sus invitados?

—Sí. Gordon y yo hemos sido siempre buenos amigos. Desde mucho antes de formar la sociedad con Maison.

—Entiendo.

Era Gordon, en efecto. Alto y atlético como Dean, pero más joven y de facciones más atractivas.

Entró, elevando la diestra en señal de saludo.

—Buenas noches, señores —pronunció.

Luego se dejó caer en uno de los sillones con gesto de cansancio.

—¿Qué le parece nuestro «sancta sanctorum» particular, Alec?

La pregunta era amable, pero no existía el menor asomo de cordialidad en el tono de su voz. Una fría cortesía. Y no se molestaba en disimular que la presencia de Alec no le resultaba grata en ese instante.

—Muy acogedor —respondió el joven—. Dan ganas de quitarse los zapatos y apoyar los pies sobre la mesa.

—¿Continúa su trabajo a estas horas o tiene ganas de divertirse?

—Siento las mismas ganas de divertirme que cualquier hijo de madre, pero esto es compatible con el trabajo.

—Una respuesta muy sustantiva —rió forzosamente Gordon—. De todas formas, supongo que su trabajo ha terminado. Ahora todo está claro, Frank tenía razón y su Compañía no tendrá que abonar la póliza.

—Eso no es suficiente...

Alec reparó en el vendaje nuevo, reciente, que cubría el dedo pulgar y parte de la mano diestra de Gordon.

—¿Se ha herido? —inquirió.

El otro contuvo un estornudo cubriendo sus cavidades nasales con el índice de su mano izquierda antes de responder.

—Un pequeño accidente.

—¿Quizá se la hizo al accionar el mecanismo de un rifle?

Gordon se conmocionó ligeramente al oír las palabras del joven pronunciadas en un tono entre cáustico e irónico.

—Hace tiempo que no disparo un rifle —respondió con voz afectada—. El motor del coche sufrió una pequeña avería cuando regresaba de la fábrica, en plena tormenta. No tuve paciencia para esperar y la reparé allí mismo. Me golpeé en mi precipitación y me calé hasta los huesos.

Nuevas pisadas sonaron cerca de la entrada.

Entonces Dean se aproximó a la puerta, mientras su socio se ponía en pie con un gesto instintivo.

Alec Gielgud se fijó en la mujer que acababa de entrar y avanzaba hacia ellos de la mano de Walter Dean exhibiendo una sonrisa de irresistible atractivo.

Rostro ovalado, pómulos salientes en los que se formaban dos graciosos hoyuelos al sonreír; labios rojos, carnosos, atractivos... Su cabello era castaño y realzaba en mucho el rostro que enmarcaba. Y su cuerpo tenía una asombrosa perfección.

El agente de seguros la miró con encontrados sentimientos.

La había conocido en Chicago, en sus tiempos de detective privado. Estuvo entonces enamorado de la muchacha, con la que llegó a intimar bastante.

Ella pareció corresponderle en un principio. Por lo menos él hubiese estado dispuesto a jurar que era amor lo que veía en los bonitos ojos de la joven cuando se miraba en ellos de cerca, con una intensidad que embriagaba.

Luego... las cosas se complicaron. El había seguido la pista de un poderoso organizador del crimen por cuenta de un cliente cuya esposa había resultado víctima inocente de la furia de los hampones. La perdición de aquel hampón de altos vuelos era cuestión de escasos detalles. Lo más difíciles de resolver...

La joven, Margaret Daltow, tenía cierto trato con el submundo del hampa y le confió el trabajo que llevaba entre manos con la esperanza de obtener alguna información. Pensó que podía confiarse en una mujer que parecía muy enamorada.

Fue una verdadera odisea la aventura de eludir a los hombres del «gang» lanzados de pronto tras de sus huellas. Y sólo pudo lograrlo gracias a la oportuna intervención de unos agentes del F.B.I.

Eso le obligó a abandonar la ciudad, a la que regresó unas semanas más tarde al enterarse por los periódicos que el F.B.I. había aniquilado el «gang», terminando con aquella pesadilla.

Alec habló en la cárcel con uno de los hampones. El hombre solo quiso revelarle que la persona que lo había delatado al jefe del «gang» por una

fuerte cantidad de dinero había sido una mujer. Suficiente para él. No necesitaba oír el nombre para saber que fue Margaret Daltow quien lo vendió a sus enemigos.

Aquello resultó un rudo golpe para él. Era una terrible experiencia saberse traicionado por la única mujer que había amado de verdad en la vida. La única mujer que también parecía corresponderle en su amor con tanta intensidad como él mismo. Pero la oferta del hampón debió ser muy fuerte. Desde entonces no había vuelto a saber nada más de ella.

—Voy a presentarle a una buena amiga —dijo Dean, sacándole de su abstracción—. La señorita Margaret Daltow. Este es Alec Gielgud, agente investigador de una compañía de seguros.

La miró a los ojos.

Margaret habíase turbado ligeramente, pero parecía decidida a demostrar ante los dos socios que Alec le era enteramente desconocido y el joven decidió seguirle el juego.

Alec aspiró el suave perfume que emanaba de su cuerpo. Un perfume que embriagaba, despertando una súbita voluptuosidad.

Un impacto para él. Aquel perfume le traía a la mente un siniestro recuerdo. El del capataz Max Elmett tumbado sobre su lecho, empapado en sangre y con un cuchillo clavado en el pecho. Porque aquel perfume de violeta era exacto al que impregnaba el pañuelo que el encontró bajo las piernas del cadáver.

No tenía la menor duda ahora de que el pañuelo pertenecía a la joven. Estaba el detalle del perfume de violeta y las iniciales bordadas en el mismo, que coincidían con las del nombre de la joven. M. D. Margaret Daltow.

Ella tenía relación con el submundo del hampa en Chicago. Lo había vendido al jefe del «gang», que venía a ser lo mismo que dictar una sentencia de muerte contra él.

Ahora se hallaba complicada en el secuestro del profesor Maison y los consiguientes sucesos derivados del mismo.

Eso implicaba que Margaret Daltow, la única mujer que había amado en su vida, tenía las manos tan sucias de sangre como el resto de sus compinches.

Sintió tentaciones de pedirle que hablase con él a solas en ese mismo instante. Una conversación bien encauzada puede arrojar resultados tan positivos como un interrogatorio pletórico de dureza.

No lo hizo. Uno de aquellos hombres colaboraba con ella y no quería descubrir su juego tan pronto. Al menos no quería hacerlo antes de tener la certeza absoluta de cuál de los dos socios era el traidor en el sucio negocio.

Decidió que eso podía comprobarlo esa misma noche a poco que la suerte le acompañase.

—Bien —dijo—. Debo retirarme ya. Otro día podrá presentarme a su

dama, Dean.

Alec se despidió de los tres, con mal disimulada satisfacción por parte de Gordon.

El joven condujo el coche por un dédalo de oscuras callejuelas, hasta la Harier Street, donde Jasper Gordon tenía su vivienda. Una casa pequeña, de una sola planta, parecida a la del difunto Max Elmett, pero más lujosa.

Todas las contraventanas estaban echadas sin ofrecer el menor resquicio por donde facilitar la entrada.

Conque se acercó a la puerta dispuesto a hacer uso de su juego de llaves maestras.

Apoyó la mano en la puerta y esta cedió a la leve presión ejercida sobre ella.

Le extrañó el hecho. Era raro que un supuesto asesino tuviera el descuido de dejar abierta la puerta de su casa. No era propio de un hombre que debe adoptar ciertas precauciones para no verse descubierto.

Entró en un pasillo corto que conducía al *hall*, cerrando la puerta a sus espaldas. Luego se acercó lentamente al marco, tanteando en busca del conmutador de la luz.

Gordon y Margaret parecían entenderse a las mil maravillas. Debía existir entre los dos una fuerte intimidad. Quizá ella había provocado todo aquello, despertando la ambición del hombre.

Le dolió el pensamiento a pesar del tiempo transcurrido. Margaret había dejado en su ánimo una huella difícil de borrar. También le dolía verla mezclada en un negocio como aquel.

Pero él habíase impuesto una misión y la llevaría hasta el fin, cayera quien cayese. Odiaba de una manera implacable al mundo del hampa. Un odio más fuerte aún que su interés por Margaret. Un odio suscitado por la muerte alevosa de su padre, acribillado por las balas de uno de los hampones que dispararon contra unos miembros de un «gang» rival.

Su padre jamás habíase metido en nada. Era un empleado de oficina que acudía puntualmente a su trabajo todos los días y sólo salía en compañía de su esposa y su hijo.

El azar lo llevó a cruzarse junto a las víctimas cuando los hampones se disponían a disparar contra ellas. El era entonces un niño, pero aquel rencor hacia el mundo de la delincuencia se le había metido hasta los tuétanos.

Accionó el conmutador, pero no se encendió la luz.

El hecho despertó a Alec un súbito presentimiento. Más bien la clara intuición de un peligro inminente.

Las contraventanas, cerradas, no dejaban penetrar la menor claridad de las cercanas farolas del exterior. La casa estaba, pues, sumida en la más densa oscuridad. No veía nada y tampoco su aguzado sentido del oído había percibido el menor siseo.

Pero él estaba seguro de no encontrarse solo allí; algo parecía indicarle la presencia de un intruso, un elemento que representaba un serio peligro para él. Como si en realidad sintiese su aliento en sus mejillas; un aliento fétido, apestoso, de siniestros presagios.

Se desplazó de súbito hacia un costado en un gesto puramente maquinal.

Casi al unísono con su gesto captó el sonido característico del aliento de un hombre al ser expelido con brusquedad al tiempo que se realizaba un ejercicio violento. Después el ruido de una hoja de acero clavándose con fuerza en la madera del marco.

Alec replicó de un modo rápido y contundente, sin la menor vacilación.

La muerte estaba allí, asediándole desde las sombras, rozándole ya con sus frías manos, y sólo podía eludirla haciendo uso de la violencia.

Disparó el puño diestro hacia el lugar de donde provenía el sonido sibilante del aliento.

Sus nudillos golpearon carne y huesos.

Estalló un gemido y sintió cómo el individuo salía proyectado a varios pasos de distancia por la fuerza del impacto en el mentón.

Alec se apresuró a acercarse a una de las ventanas y abrirla, dejando pasar una leve claridad del exterior.

Así vio el cuchillo clavado en el marco; el cuchillo destinado a terminar con él. Un pensamiento que le encorajinó.

Miró a su antagonista, que se recobraba de la conmoción del golpe recibido.

Lo reconoció. Se trataba de un individuo joven vestido con pantalón vaquero, camisa a cuadros y larga melena. Un tipo «ye-yé», pero con tendencia al gamberrismo; que también rebasaba para adentrarse de lleno en el campo de la delincuencia. El mismo al que viera abrir la verja de la casa de Duncan para que saliera el coche donde éste conducía a la muerte al desvanecido Frank Gilbert.

Se abalanzó sobre él al verle meter la mano en un bolsillo en busca de la pistola.

Un nuevo puñetazo lo lanzó contra la pared, que se conmocionó con el impacto haciendo retemblar la casa.

Brilló el temor en los ojos del joven. Un temor dictado por la impotencia de vencer el difícil escollo en que Alec se constituía.

Sin embargo, volvió a la carga impulsado por la fuerza de la desesperación.

Un golpe de Alec en su estómago frenó en seco todos sus ímpetus. Luego, el agente le golpeó a derecha e izquierda, arrinconándole en la pared.

Entonces se preparó para darle un último golpe en la mandíbula, un golpe demoledor que acabaría con toda su resistencia.

La reacción del joven «ye-ye» le pilló de sorpresa.

Este proyectó violentamente hacia arriba la pierna diestra, estrellando la rodilla en el bajo vientre de Alec, que se dobló en dos impulsado por el dolor.

Un puñetazo seguido, en pleno rostro, lo envió de espaldas al suelo.

El joven no se entretuvo en sacar su pistola y disparar contra Alec. Carecía de experiencia y estaba demasiado asustado ahora para reaccionar de otro modo que no fuese en defensa propia. Empezó la fuga con apresuramiento, presa del pánico.

Alec se incorporó mediante un supremo esfuerzo. Sentía unas horribles náuseas, pero su innato sentido del deber se imponía a todo lo demás.

Saltó en plancha sobre el joven cuando éste se hallaba ya en el pasillo, fuera del *hall*, abrazándole ambas piernas.

El muchacho gimió como una rata asustada al perder el equilibrio y precipitarse de cara al suelo. Luego rodaron estrechamente abrazados.

Aquello acabó con sus escasos arrestos. Trató de defenderse del ataque de Alec, pero muy débilmente, desmoralizado por la tenacidad y la contundencia de su adversario.

Alec se situó sobre él, aplicándole un golpe en la nuca con el canto de la mano, que lo sumió en la inconsciencia.

Seguidamente arrastró al joven hasta el centro del *hall*, arrojándolo sobre el diván y quitándole la pistola. Luego le amarró ambas manos con un cordón, colocó el fusible que el joven había quitado y registró la casa.

El armario ropero le reservaba una sorpresa. O más bien la confirmación de sus sospechas.

Un traje gris y un sombrero de fieltro, sucios de barro y empapados. Junto a la ropa, apoyado en uno de los costados inferiores, un rifle provisto de punto de mira telescópico cuya culata evidenciaba que había estado expuesta a la lluvia y apoyada en una superficie de tierra embarrada.

Olió el cañón.

No hacía mucho que aquel rifle había sido disparado. Otra prueba más contra Gordon.

Salió al *hall*, donde el visitante nocturno empezaba ya a dar señales de vida.

Le ayudó a reponerse mediante el expeditivo sistema de vaciar una jarra de agua fría sobre su estómago y su rostro.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Jan Craw.

—¿Qué hacía en esta casa?

—Montar la guardia —respondió con voz temblona.

—¿Quién le encargó hacerlo? ¿Jasper Gordon?

—Claro. Es el dueño de esto, ¿no?

Alec estudió su rostro mientras hablaba, respondiendo a sus preguntas. El joven estaba asustado, pero parecía sincero.

—Hable claro de una vez. Alguien sospechaba que yo iba a venir a esta casa y le encargó esperarme en las sombras para borrarle del mundo de los vivos. Es así, ¿no?

Jan tardó un rato en contestar:

—No es así exactamente.

—Está bien; se lo diré. No quiero líos con la policía. Conocí al señor Gordon en el «Warrior» hace tiempo. Hemos bebido algunas veces juntos. Es un tipo simpático. Esta noche me mandó llamar. Dijo que tenía que salir. Estaba citado en el club con unos amigos y no quería dejar la casa sola tanto tiempo. Me confesó que guardaba algo de sumo valor para él y temía que alguien pudiera intentar robarlo. Yo debía permanecer aquí hasta su regreso, cuidando de que eso no ocurriera. Si alguien entraba, no debía vacilar en acabar con él. Y no corría riesgo alguno. La policía no puede castigar a un hombre que defienda una propiedad contra un ladrón. Eso es todo.

Mentía en parte. Alec se dio cuenta de ello. Era cierto que Gordon lo había puesto allí de centinela porque temía su incursión nocturna y que descubriese su participación en la muerte de Jay Duncan mediante ella.

Pero la orden de matar iba dirigida exclusivamente contra él y a nadie más.

—Está bien —dijo—. Llamaré a la policía. El *sheriff* se hará cargo de ti. Lo que Gordon trataba de guardar es una prueba de su culpabilidad en un crimen. Y tú no lo ignoras.

—Oiga, amigo. Le he dicho la verdad. Yo no sé nada de eso que está diciendo.

Alec no le hizo caso, estableciendo contacto con el *sheriff* para ponerlo al corriente de la situación.

Evans se presentó unos minutos más tarde en uno de los coches patrulleros.

Nada más entrar rompió el cordón que sujetaba las muñecas de Jan, ciñéndole las esposas y empujándolo hacia la salida.

—Camina, melenas —masculló—. Te aseguro que tendrás que desatar la lengua quieras o no. Si te resistes, te doy mi palabra que tu cabeza va a quedar más pelada que la de Yul Brinner.

—Usted no puede hacer eso.

—¿Quién ha dicho que no, mentecato? —bramó Evans—. La democracia también tiene su dictadura. Puedo hacerlo impunemente con el pretexto de una limpieza sanitaria. Tu cabeza está llena de piojos y yo debo velar por la salubridad de las celdas.

Uno de los policías de uniforme se situó junto al joven cuando éste apareció en la acera seguido del *sheriff* y de Alec.

En ese momento crepitó un arma de fuego desde el otro lado de la calle.

Alec columbró el fogonazo en el tejado del garaje situado frente a la casa de Gordon. Una planta baja cuya pared frontal estaba rematada en su parte superior por un letrero con el título del negocio.

El tirador se parapetaba tras el levante formado por el letrero y su cabeza y parte de su hombro eran visibles desde abajo.

Jan Craw emitió un bronco bramido antes de desplomarse herido de muerte.

Alec y el *sheriff* desenfundaron sus armas al verle accionar de nuevo el mecanismo del rifle.

Aquel hombre iba a continuar disparando contra ellos en lugar de intentar ponerse a salvo.

Bramó el revólver de Evans cuando ya el otro enfilaba la negra boca del cañón rectamente hacia Alec.

El hombre arrojó el rifle como si de pronto hubiese estado al rojo vivo al sentirse herido.

Luego trató de deslizarse hacia el otro extremo del tejado, arrastrándose penosamente.

El *sheriff* lo conminó a detenerse y entregarse, pero volvió a disparar al no obedecer el otro.

El nuevo salivazo de plomo conmocionó al asesino al causar el impacto en la espalda, cerca de la axila.

Se incorporó trabajosamente mientras el policía de uniforme corría a la casa situada junto al garaje, cuya ventana permitía el paso al tejado del mismo.

No llegó a adentrarse en el portal. El agresor vaciló sobre sus piernas, trastrabilló hasta pegar en el letrero y se precipitó a la calle.

Su cuerpo produjo un ruido mate, escalofriante al estrellarse de costado en el asfalto de la acera.

Alec y el *sheriff* se apresuraron a acudir junto a él, examinando su rostro.

Respiraba todavía, pero era evidente su fatiga. La sangre fluía por las comisuras de sus labios y sus ojos empezaban ya a vidriarse. Se trataba de otro joven «ye- yé» como Craw.

—¿Por qué ha matado a ese hombre? —le interpelló el *sheriff*.

—Era mi compañero —respondió con visible esfuerzo—. Yo vigilaba por orden... del jefe. Jan tenía que hacer su trabajo y liquidar... a este entrometido agente de seguros. Jan siempre ha sido... un blando. Falló con este hombre y ustedes... le hubiesen hecho hablar.

—¿Quién es ese jefe, muchacho? —preguntó el *sheriff*.

Pero el moribundo se limitó a sonreír de una manera que resultó una trágica mueca.

—Adivínele, sabueso. No soy un soplón.

Fueron sus últimas palabras.

—Bien pronunció Alec, incorporándose—. Creo que debo darle las gracias, *sheriff*. Su oportunidad al disparar contra él me salvó de tragarme un pildorazo de plomo.

—Supongo que estará asegurado en su misma compañía y eso no le hubiese importado demasiado —fue la sarcástica respuesta.

—No estoy asegurado, Evans. ¿Sabe por qué? Por la misma razón que un pastelero no come jamás sus pasteles ni un *sheriff* cree en la veracidad de la ley que defiende.

—Es usted un cínico. Bueno. Sabemos que Jasper Gordon, si no es ese jefe a que aludió este difunto, sí está al menos muy complicado en el negocio.

—Desde luego. Pero déjelo ahora, *sheriff*. No lance a sus sabuesos en su caza. Tengo una idea...

—Expóngala.

—Es sólo una leve sospecha. Olvídelo por ahora. No la creería. Lo conozco y sé que ocurriría así. Tiene usted la cabeza como la de esas estatuas que construyen para adornar los parques públicos. Bien trabajada, pero de piedra.

—Oiga, Alec. No voy a consentirle que...

Pero el joven se alejó sin que terminase su frase, dejándolos para que llevasen a cabo la desagradable tarea de retirar los dos cadáveres.

Cuando ya los primeros curiosos empezaban a hacer acto de presencia atraídos por los disparos y llegaba hasta allí el eco de la sirena de la ambulancia avisada por el agente de uniforme.

5

Alec regresó al «Warrior», pero los socios de la «Maison Co» no se encontraban ya allí. El reservado estaba vacío.

Llamó por teléfono a la vivienda de Walter Dean, pero nadie respondió. Y ninguno de los empleados del club pudo darle razón de su paradero.

Se habían marchado hacía un cuarto de hora más o menos. Eso fue todo cuanto pudo averiguar.

Decidió localizar la residencia de Margaret Daltow, seguro de que la joven era una buena prueba de toque para localizar a Jasper Gordon. Necesitaba hablar con éste antes de nada.

Al fin pudo enterarse que ocupaba una habitación del «West Hotel», en la Washington Freshet.

Alec se apresuró a acudir a ella y pulsar el botón, que produjo adentro un suave campanilleo que parecía invitar al sueño.

En seguida percibió unas suaves pisadas que se acercaban a la puerta.

La hoja se entreabrió unas pulgadas y a través del hueco apareció una parte del hermoso rostro de Margaret.

—¿Puedo pasar, Margaret?

—Alec Gielgud —musitó ella—. Bueno; eso depende de los asuntos que pretendas tratar conmigo.

—Te aseguro que no son asuntos para tratarlos a gritos en el pasillo de un hotel. Eso lo sabrás cuando haya entrado y te exponga lo que quiero decirte.

—Bien —sonrió ella—. Creo que será mejor que te ceda el paso por las buenas. Te conozco bien y eres capaz de colarte por una ventana si te niego la entrada ahora.

—Puedes estar segura de eso —sonrió Alec a su vez.

Pasó al *hall*, mirando a su alrededor en busca de algún detalle que le revelase la presencia del hombre.

—¿Estás sola? —preguntó con acento de duda.

—¿Quién podría acompañarme a estas horas?

—Jasper Gordon por ejemplo.

—¿Por qué Gordon?

—Porque parece que los dos habéis iniciado una buena amistad... o lo que sea.

—Estás equivocando el camino, Alec —pronunció ella en tono enigmático.

—Yo me atrevería a afirmar que no. Te aseguro que no es mi intención ofenderte como mujer. Es posible que no exista nada íntimo entre Gordon y tú. Pero existe algo.

—Bueno. Veo que tienes un mal concepto de mí.

—Pésimo, Margaret —replicó—. Me gusta ser sincero.

—Ya. Supongo que no te gustará conocer el concepto que yo tengo formado de ti.

—Es algo que me tiene completamente sin cuidado. Yo soy como soy y no va a hacerme cambiar el concepto que te hayas podido formar de mí.

—Estamos entonces ante el mismo caso.

—De acuerdo —apuntó Alec—. Voy a hablar claro. En Chicago te expliqué punto por punto todo cuanto había logrado averiguar acerca de Petucci y lo que proyectaba hacer para perderlo. A partir de ese momento pasé lo mío para poder librarme de las garras de sus secuaces. Regresé a la ciudad cuando Petucci y su «gang» fue aniquilado por el F.B.I., pero ya habías levantado el vuelo. Hablé con unos de los hampones y me confesó que una mujer me había delatado a su jefe, aunque se negó a revelarme su nombre.

Margaret se azaró visiblemente durante un instante. Y se repuso con pasmosa rapidez.

No obstante, aquello no pasó desapercibido para el sagaz sabueso de la compañía de seguros.

—Hay muchas mujeres en Chicago, Alec —dijo—. Tú tenías amistad con otras muchas.

Alec rió con sarcasmo.

—Esa disculpa no sirve. Tú eras la única que conocía mis planes.

La joven no se inmutó lo más mínimo esta vez. Llevaba puesta una bata de un tejido vaporoso, abierta hasta la cintura, que permitía ver una parte importante de sus piernas a cada movimiento y adivinar de un modo fidedigno todo el resto de lo que ocultaba.

—Bien —dijo al fin—. Yo también quiero serte sincera, Alec. Las cosas se complicaron para mí en Chicago a causa de tu amistad. Una noche recibí la visita de unos hampones de Petucci. Parecían saberlo todo y me maltrataron para arrancarme toda la verdad. No tuve otro remedio que soltar la lengua.

—Comprendo.

Parecía sincera, pero Alec se dio cuenta de que ella estaba jugando sus cartas en aquel juego siniestro. Unas cartas marcadas, difíciles de adivinar para el jugador contrario, que en este caso era él.

—Quisiera creerte, Margaret, pero hay algo que me lo impide.

—Me gustaría saber qué es ese algo.

—Te lo diré. No hay inconveniente alguno en hacerlo. Ha sido una coincidencia el que hayamos vuelto a encontrarnos en esta región de Colorado y precisamente en unas circunstancias especiales. Y quiero confesarte que no he tenido nunca demasiada fe en las coincidencias. ¿Qué te ha traído aquí, Margaret?

—La casualidad —respondió en tono evasivo.

—Tampoco tengo mucha fe en eso que pretendes llamar la «casualidad» —subrayó—. Será mejor que te explique los motivos que te han hecho venir a esta ciudad y que parece ignorar. Colaboras con Jasper Gordon.

—¿En qué?

—En el secuestro de Alan Maison. Acabo de descubrir que Gordon es culpable de homicidio y de otras cosas más. Después de lo del reservado del club, esperaba encontrar aquí a Jasper Gordon y poder matar dos pájaros de un tiro.

—No me compares con un pájaro, Alec; por favor sonrió con sarcasmo, sin perder su aplomo.

Alec aceptó el whisky que le ofrecía.

Luego Margaret fue a sentarse frente a él y Alec notó que se quedaba sin resuello cuando la joven cruzó las piernas, dejando una parte de la bata sobre ellas mientras que otra mitad caía al suelo, descubriendo el costado de las mismas hasta una altura peligrosa.

Un espectáculo que atrajo las miradas de Alec como un imán al hierro. Hasta que las palabras de Margaret lo sacaron de su abstracción.

—Eres un buen sabueso, pero nunca sigues un camino recto, siempre tomas por los senderos más sinuosos. Eso no te permite distinguir con claridad. Has formado una hipótesis acerca de mi estancia en Fagall City, pero no puedes corroborarla con los hechos.

—Yo diría que sí —sonrió él, sacando el pañuelo encontrado bajo el cadáver de Elmett y mostrándolo a la joven—. ¿No recuerdas dónde dejaste olvidado este pañuelo?

La joven adelantó el busto hacia él para tomarlo.

Al hacerlo cayó también la parte de la bata que cubría sus piernas, aumentando el campo visual de sus encantos.

Alec trató de pensar en otra cosa para no dejarse influenciar por aquel estupendo modelo de anatomía que tenía frente a sí.

El recuerdo del capataz Elmett acuchillado y también los terribles momentos vividos para abandonar Chicago con todos los miembros del «gang» de Petucci pisándole los talones.

No consiguió su propósito. Su mente evocó los hechos, pero su mirada permaneció hipnóticamente fija en las piernas de Margaret.

La joven examinó el pañuelo con detenimiento.

Luego se lo devolvió al joven con una sonrisa.

—No es mío, Alec. Continúas caminando por las sinuosas sendas del

error. Las iniciales coinciden con las mías y huele al mismo perfume de violeta que he usado estos últimos meses. Pero no me pertenece. Una doble casualidad. Como la de nuestro encuentro en esta ciudad.

Se levantó con presteza al decir esto, cortando la visión que estaba ofreciendo.

Se acercó a un pequeño armario con movimientos suaves, cadencioso y sacó de un cajón unos cuantos pañuelos, que mostró al joven.

—Estos son los pañuelos que uso yo —dijo mirándole con fijeza—. Como ves, ninguna tiene mis iniciales bordadas. Supongo que ese pañuelo es una pista, ¿no?

—Desde luego.

—Pues busca a una mujer cuyas iniciales coincidan con las mías, que tenga la costumbre de bordarlas en sus pañuelos y que, además, use perfume de violeta. ¿Dónde lo encuentraste?

—En la habitación de un hombre asesinado.

—¿Y has sido capaz de creer que yo hubiera asesinado a un hombre.

—No te sulfures. No he creído ni he dejado de creer en nada. Estoy llevando a cabo una investigación y esto forma parte de ella.

—Ya. Antes me has expuesto los motivos que tienes para sospechar de mí todo lo malo que pueda imaginarse. Pero no quiero tener en cuenta tus palabras. Incluso quiero ayudarte.

—¿De qué forma?

—Sé que no confías en mí, Alec. Quizá tengas razones para ello. Algún día podré aclararte mi posición y entonces comprenderás muchas cosas que ahora forman una laguna oscura en tu imaginación.

—No importa eso. Adelante, Margaret.

—Dean está muy enamorado de una mujer llamada Midle Adams. Es la mujer que esperaba esta noche en el reservado. Una coqueta empedernida.

Al joven se le envaró el cuerpo al oír pronunciar aquel nombre.

El conocía a una Midle Adams. El calificativo de coqueta empedernida aplicado por Margaret parecía evidenciar que se trataba de la misma persona.

—¿Qué ocurre con Midle Adams? —inquirió.

—Tengo la impresión de que ya la conoces, ¿no, Alec?

—Creo que sí. Conozco a una Midle Adams que se ajusta a tu descripción. ¿No acudió esta noche a la cita?

—No. Llamó por teléfono para excusarse. Pero hemos coincidido otras veces en el club. Ella usa el mismo perfume de violeta que yo.

—Está el detalle de las iniciales —adujo Alec—. No coinciden.

—Busca el modo de que coincidan, Alec —pronunció la joven en tono enigmático—. Estoy segura de que no será muy difícil para un sabueso como tú.

Alec se puso en pie, dando por terminada la entrevista.

Las últimas palabras de Margaret le habían intrigado. Parecían querer revelar algo que ella conocía ya. Pero era difícil adivinar si era sincera o sólo trataba de desviar las sospechas en otro sentido.

—Iré a ver a Midle —argullo él.

Margaret le acompañó hasta la puerta, diciéndole al mismo tiempo que Midle ocupaba una de las habitaciones de la planta baja de aquel mismo hotel.

—Te deseo suerte en tus gestiones, Alec —musitó situándose frente a él antes de abrir la puerta.

Alec le apoyó ambas manos en los brazos y la miró a los ojos con fijeza.

—Prefiero creer que me has dicho la verdad, al menos por el momento, Margaret. Eres demasiado bonita para desearte una complicidad semejante. Digo esto a pesar de que la experiencia me demostró en Chicago que las mujeres bonitas son las que más líos nos buscan en la vida. Pero quiero olvidar aquello.

—Gracias, Alec —sonrió ella—. Ojalá obtengas todo lo que desees, Alex.

El joven la estrechó súbitamente entre sus brazos, besándola en los labios.

Un beso largo, fuerte, succionante, mientras sus dedos acariciaban, golosos, la espalda de la mujer.

Margaret no opuso resistencia. Tampoco correspondió a la caricia. Y se apresuró a apartarse de él, aunque sin brusquedad, cuando Alec aflojó un tanto la presión de sus brazos.

—Vas muy aprisa, Alec.

—En absoluto. Y conste que me he limitado a aceptar tu invitación. Dijiste que ojalá obtuviera todo cuanto desees. Y lo que más deseaba en ese instante era besarte.

Margaret le abrió la puerta con su mejor sonrisa.

—No vuelvo a decirte que ojalá obtengas lo que desees, Alec. No puedo hacerlo después de lo sucedido. Quiero continuar siendo una chica decente.

Midle Adams no se había acostado aún.

Vestía una bata muy parecida a la de Margaret, pero mucho más ajustada, más abierta por abajo y más escotada. Y era la misma Midle que él había conocido pocos años atrás, como esposa del inspector de seguros y buen amigo suyo Chester Loos.

Midle rondaba los cuarenta, pero representaba diez menos. Era coqueta, vanidosa; una especie de Mesalina en versión moderna.

Había destrozado la vida sentimental de Loos, que la amó de verdad y siempre llevaba clavada esa espina en lo más profundo de su ser.

—Hola, Midle; ¿no me recuerdas?

—Vaya, Si te recuerdo. Qué agradable sorpresa verte por aquí, Alec. No

sabes cuánto agradezco esta visita de amistad.

Mientras hablaba, Midle se colgó familiarmente de su brazo, conduciéndolo al *hall*.

—No es una visita de amistad, Midle —respondió con sequedad.

Se apartó de él sin borrar de sus labios la sonrisa de coquetería que le era habitual.

—Tú ibas alguna vez a casa mientras fui la esposa de Chester. El te apreciaba mucho. Y yo me daba perfecta cuenta de la admiración con que siempre me mirabas.

—Bueno; usted siempre me pareció físicamente una mujer excepcional.

—Tutéame, muchacho. Eres tímido en el fondo. Te sentías atraído por mí y jamás te atreviste a decirme nada. No acertabas a ver la invitación que yo te hacía con la mirada.

—Jamás me hubiese permitido tener un mal pensamiento para la esposa de un amigo como Chester.

—Depende de lo que uno entienda por malos pensamientos. A mí me parecen deliciosos. De todas formas, ahora ya no soy la esposa de Chester.

—Es cierto —susurró Alec rechazando la sugestiva invitación con un esfuerzo—. Pero Chester nunca se ha repuesto del golpe recibido. El estaba profundamente enamorado.

—Chester siempre fue un sentimental, Alec. Y el amor dura muy poco. Es un producto de la ilusión, del deseo de los sentidos. Cuando se acaba y una se queda con la triste realidad, es mejor buscarlo en otras partes. Es un error permanecer al lado de un hombre que ya no puede ofrecernos novedad alguna. Pero aunque dure poco, el amor hace la vida más hermosa.

—El matrimonio es algo más serio que todo eso, Midle. El amor echa raíces. Puede dar la sensación de que termina, pero siempre fructifica de nuevo, se perpetúa si ha sabido sembrarse en campo abonado.

—Tonterías, muchacho. Elucubraciones de viejos fanáticos.

Se acercó al mueble-bar instalado en un rincón y sacó una botella de whisky y dos vasos.

—Este es tu criterio de la vida, Midle —adujo él—. Pero eso no quiere decir que la realidad sea como tú dices. Es lo que ocurre con tantos y tantos filósofos y pensadores modernos. Presentan sus trabajos como si hubiesen hallado el eje de la vida, sin querer reconocer que ellos piensan así, pero pueden estar equivocados. Adán dijo cuando Dios le presentó a Eva: «Esta sí que es carne de mi carne y sangre de mi sangre».

Mientras hablaba, estudió todos los gestos de la mujer. Y tuvo la sospecha de que ella había dejado caer en su vaso junto con los trozos de hielo algo parecido a una píldora.

—Bien —dijo ella, ofreciéndole su vaso—. Antes has dicho que tu visita no era de cumplido. Estoy esperando tus palabras.

Alec dejó escapar un tenue suspiro de alivio.

Había sentido la tentación de abrazarla, de dejarse llevar por la corriente. Era fácil hacerlo con una mujer como ella. Pero el recuerdo de Chester era como un freno para sus impulsos y ahora ella rompía el encanto con el nuevo tono de su voz.

—Te lo expondré en pocas palabras —dije—. Pero me gustaría hacerlo con un poco de música como fondo. Es un efecto para paliar la dureza que quizá encuentres en mis palabras.

Midle se encogió de hombros como si realmente pensase que estaba loco y se acercó al tocadiscos.

Mientras colocaba uno de los discos dejó su vaso sobre la mesa y el joven se acercó con sigilo, cambiándolo por el suyo.

—Puedes empezar —adujo al empezar a sonar las primeras notas de una melodía moderna.

Le enseñó el pañuelo.

—Es tuyo, ¿no, Midle?

La mujer lo examinó por encima, sin que Alec advirtiese el leve destello de temor que cruzó por su mirada

Pero se repuso antes de que el joven pudiera darse cuenta.

—Estás equivocado, Alec —dijo—. Mis iniciales son M. A.

—De acuerdo. ¿Quieres enseñarme alguno de los pañuelos que utilizas habitualmente?

—No. Me parece demasiada curiosidad por tu parte. Mis pañuelos los tengo para meter yo las narices en ellos, no para que la metan los demás.

Bebieron.

—Conforme. No puedo obligarte a ello. Me gustaría que respondieses a una pregunta. ¿Qué hay entre Walter Dean y tú?

—Bueno. Walter me gusta. Vamos a casarnos.

—Lo compadezco.

La mujer vaciló sobre sus piernas. Su mirada se tornó más y más distraída, vencida por el sueño.

—No sé... qué me pasa —pronunció a duras penas—. Parece que todo da vueltas... en torno mío.

—Yo te diré lo que ocurre —sonrió Alec, llevándola hasta el diván—. He cambiado nuestros vasos. Espero que no hayas tenido la mala idea de echar veneno. Supongo que se trata de un somnífero.

—Maldi...

Se durmió profundamente y el joven la depositó sobre el diván, cubriendo con un gesto de repugnancia las piernas que habían quedado al descubierto.

A continuación registró la habitación, encontrando varios pañuelos perfumados con violeta y ostentando las iniciales M. D. Una incongruencia al parecer.

¿Por qué Midle habría bordado la segunda inicial distinta a la de su apellido?

Estaba seguro de que aquella era quizá la clave principal del enigma. Pero era difícil aclararla ahora.

Intentó ponerse al habla con Jasper Gordon por teléfono, pero no pudo localizarlo.

Entonces decidió presentarse a Dean y hablar con él de todo aquello. El hombre estaba siendo víctima de un complot por parte de su socio y de su prometida.

Había luz en la vivienda de Walter, que escapaba a través de los intersticios de algunas ventanas.

Alec se presentó ante la puerta y se dispuso a llamar en ella.

No lo hizo.

Se detuvo con la mano cerca del pulsador al escuchar voces airadas en el interior; voces discutiendo algo acaloradamente.

A continuación percibió ruido de lucha. El golpear de cuerpos contra los muebles, enzarzados quizá en una lucha a muerte.

—¡Walter! —gritó, golpeando con el puño en la hoja.

Restalló un arma de súbito, seguido de un leve grito y el ruido de un cuerpo al desplomarse y arrastrar un mueble consigo.

Alec utilizó la llave que Dean habíale entregado en el reservado.

Luego abrió la hoja de una patada, situándose junto a la pared, en un costado del vano.

El arma volvió a restallar tres veces consecutivas. Y Alec sintió los agudos silbidos de los proyectiles cruzar el espacio libre en busca de su cuerpo.

Disparó a su vez, saltando al interior doblado por la cintura y arrojándose tras uno de los sillones del *hall*.

Vio a Walter Dean tendido en el suelo junto a una mesita derribada.

Brotaba un hilo de sangre de su parietal izquierdo y el joven se aproximó a él al comprobar que no había nadie más en el *hall*.

Dean no había perdido el conocimiento.

—¿Dónde está ese hombre? —inquirió.

Dean, cuyo rostro estaba blanco como un sudario, le señaló la abierta ventana del fondo del *hall*, fronteriza a la puerta.

Alec se acercó a la ventana, asomándose a ella con ciertas precauciones.

No pudo ver a nadie.

Aquella parte de la vivienda comunicaba con un callejón estrecho y oscuro, donde hallábanse algunos aserraderos. En lugar ideal para eludir una persecución.

Cerró la ventana y retornó junto al herido, al que ayudó a sentarse en uno de los sillones para examinarle la herida.

—No ofrezco cuidado —dijo—. Es superficial.

Alec cauterizó la herida y la parcheó con el botiquín que encontró en el lavabo.

—Ha tenido mucha suerte —pronunció en tono enigmático—. Pudo haberlo matado. Un poco más a la derecha y el balazo le hubiese perforado el cráneo.

—Es lo que ha pretendido hacer —respondió Dean—. Ha sido Jasper. Gordon. Mis sospechas no eran infundadas.

—Estuve en la casa de Gordon después de abandonar el reservado —dijo el joven—. Encontré allí el traje gris, el sombrero de fieltro mojados y el rifle que abatió a Jay Duncan. Y algo más. Gordon había dejado a un hombre al cuidado de la casa, con orden de abatirme tan pronto apareciese por allí. Adivinó mis intenciones de registrarla en busca de las pruebas.

Dean asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Empiezo a comprender —susurró—. Hemos oído algo de lo sucedido en las proximidades de la casa de Gordon. Las noticias circulan muy aprisa en Fagall City.

—La refriega se sucedió ya fuera de la casa. Ahora dígame una cosa. ¿Es cierto que piensa contraer matrimonio con Midle Adams?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Qué ha visto en esa mujer, Walter? Los hombres son su «hobby».

—Lo sé todo —replicó Dean, molesto por la intromisión del joven en ese asunto que juzgaba personal—. Ella me ha contado lo de su matrimonio con Chester y otros dos más.

—Hay algo que ella no le ha contado.

—¿Por ejemplo?

—Su complicidad en este asunto.

Dean lo miró con estupor.

—No puedo creer eso de Midle. Ella me quiere, vino invitada por mí. Nos conocimos en Denver, durante uno de mis viajes de negocios. Cuando llegó a Fagall City, Maison ya había desaparecido.

—No importa. Es posible que su encuentro en Denver no fuera tan casual como usted imagina. Encontré uno de sus pañuelos bajo el cadáver del capataz Max Elmett. Hoy he podido comprobar ese detalle. Vengo de sus habitaciones en el «West». Trató de administrarme un somnífero y no creo que lo hiciese con la sana intención de cantarme la «nana» y proporcionarme un sueño feliz.

La noticia pareció abatir a Dean. Humilló la cabeza de pronto como si un gran peso le abrumara.

—Me cuesta creer eso, Alec —susurró con ronca voz—. Sin embargo, tengo confianza en usted. ¿Por qué habría de mentirme en eso?

—Desde luego. Deje las cosas como están; no intente sonsacarle nada a esa mujer. Yo me encargaré de hacerlo. ¿Qué pasó con Gordon?

—Bueno. Gordon se puso hosco y taciturno, después de enterarse de lo ocurrido cerca de su vivienda. Luego recordé que él le había mentido en el reservado cuando usted le preguntó por su herida de la mano. Abandonó la fábrica dos o tres horas antes de producirse la tormenta. Vinimos aquí en vista de que Midle no se encontraba bien y no acudía a la cita y le eché en cara todo lo que sospechaba.

—Reaccionó con violencia al verse descubierto, ¿no? Creo que fue una temeridad por su parte hacerlo así.

—Cierto. Pero no pude contenerme. Le juro que vi la muerte reflejada en sus pupilas, Alec. Sacó una pistola y pude sujetarle el brazo antes de que disparase contra mí. Parecía haber enloquecido de pronto. Forcejeamos y entonces llamó usted. No ha podido hacerlo en un momento más oportuno para mí. Entonces se precipitó y sólo me hizo esta herida. Luego corrió a la ventana sin detenerse a rematarme. Saltó al otro lado y disparó cuando usted abrió la puerta.

Hizo una breve pausa, inquiriendo.

—¿Qué hará usted ahora, Alec?

—Tratar de impedirle la huida. Es lo único que se puede hacer. Usted quédese aquí. Le hace falta un buen descanso.

El joven se presentó en la vivienda de Gordon en unos minutos.

Los grupos de curiosos habían desaparecido junto con los cadáveres de Jan Craw y su compañero. Pero las comadres del barrio tenían cuerdas para rato comentando lo ocurrido allí esa noche Alec empujó la puerta, para comprobar que también esta vez estaba abierta.

Entró y avanzó hasta el *hall*.

Alguien había vuelto a cerrar la ventana abierta antes por él y la oscuridad era absoluta en el interior.

Alec tuvo la sensación de que respiraba una atmósfera enrarecida.

No era el presentimiento de un peligro inminente como la vez anterior, sino la intuición de que la muerte había hecho acto de presencia en aquella casa.

Estaba seguro de no equivocarse. Le parecía olfatear la sangre, la tragedia, quizá porque había estado demasiadas veces en contacto con la muerte.

Accionó el conmutador de la luz.

Todo estaba en el *hall* tal y como había quedado después de su lucha con Jan Craw. Pero en el dormitorio existía una macabra muestra nueva.

Jasper Gordon estaba allí, tendido en trágica postura sobre la alfombra.

Las piernas encogidas bajo el cuerpo, como si las tuviese descoyuntadas. Una pistola en su crispada mano diestra y un siniestro orificio de bala en la sien del mismo lado.

Todo daba la sensación de que se trataba de un suicidio.

Alec se inclinó sobre el cadáver para examinarlo.

Tenía dos fuertes golpes en la cabeza, producidos tal vez al desplomarse.

Registró sus ropas.

En la cartera del muerto encontró un documento expedido por el juez de paz de La Junta; un documento cuya lectura lo sumió en una profunda reflexión.

Alec tenía ahora la seguridad de que aquel sucio asunto no quedaba terminado con la muerte de Jasper Gordon. Más aún; concebía la sospecha de que la muerte del socio de Alan Maison y Walter Dean era un eslabón más en la siniestra cadena de crímenes del poseedor del diabólico cerebro.

Se tensaron todos los músculos de su cuerpo al percibir de pronto un leve ruido, como un ludir, al otro lado de las grandes cortinas que ocultaban las ventanas del dormitorio.

Miró en esa dirección y las vio agitarse muy levemente.

Entonces se levantó con sigilo, acercándose a ellas. Y de pronto se abalanzó hacia el lugar donde suponía debía hallarse el intruso.

Alec palpó el cuerpo de su adversario.

Antes de que tuviera tiempo de dominarlo, un fuerte golpe en la cabeza lo lanzó de espaldas al suelo.

El joven se revolvió con la elasticidad de un jaguar.

La ventana estaba abierta y sintió la maniobra del intruso cuando se disponía a saltar por ella.

Se abalanzó otra vez contra él, arrastrándolo al interior de la habitación, envuelto con la espesa cortina de terciopelo, que se desprendió del soporte.

Entonces Alec oprimió con la misma cortina la cabeza de su antagonista, tratando de privarle del conocimiento mediante la asfixia.

Se le desorbitaron los ojos al ver aparecer por un costado de la cortina una pierna femenina, bien torneada, enfundada en una media de nylon.

Lo que había quedado más arriba de la media era algo realmente delicioso, que podía exhibirse en un concurso de anatomía y ganarlo.

Descubrió a la mujer.

Su frente se pobló de diminutas arrugas al encontrarse frente a Margaret Daltow, que le dirigió una sonrisa.

—Eres un bruto, Alec —murmuró—. Me has estropeado el peinado.

—El peinado y el plan —masculló el joven ayudándola a ponerse en pie.

—¿Qué diablos haces aquí? —farfulló luego.

—Me gustaría que respondieses tú a esa misma pregunta.

—No digas estupideces, Margaret. No creo que sea este el momento más apropiado para bromear. Esto va a costarte un serio disgusto.

—Yo, en tu lugar, no me atrevería a aventurar tanto —respondió ella con flema—. Voy a contestar a tu pregunta. Gordon me llamó hace unos momentos, poco después de que salieses tú de la habitación del hotel. Dijo que había recibido noticias importantes para ambos. Me preparé rápidamente y vine. Estaba muerto cuando llegué.

—¿Por qué te has ocultado entonces al entrar yo?

—Pensé que podía quizá descubrir algo o en todo caso librarme de un disgusto según de quién se tratase.

—Todo eso es muy vago, Margaret.

—No me importa lo que opines. Pero sí quiero decirte algo. Este hombre no se ha suicidado, Alec, aunque lo parezca a simple vista. No tenía motivos para hacerlo. El no me llamó sólo para que fuese la primera en descubrir su cadáver.

Alec movió la cabeza con gesto de duda.

Había allí algo muy sucio que Margaret le ocultaba; algo que la implicaba muy directamente en el asunto, en compañía de Midle Adams.

—Vamos —dijo tomando una súbita decisión—. Voy a llevarte a la comisaría. El *sheriff* decidirá lo que se hace contigo.

—Yo no lo haría, Alec —sonrió con desparpajo—. No adelantarás nada con ello. No tienes nada contra mí.

—No puedo dejarte marchar libremente. Lo siento, pero no creo una sola palabra de lo que me has dicho. No puedo creerte después de lo que hiciste en Chicago.

—De acuerdo —alegó ella con un gesto de resignación—. Pero te advierto que con esto sólo conseguirás irritar a Evans. Vas a colocarlo en una posición desairada.

Alec se acercó a la mujer y le apoyó ambas manos en los brazos.

—¿Cuál es realmente tu posición en este asunto, Margaret? —susurró—. Prueba a ser sincera conmigo aun-

que sólo sea por una vez. Me gustaría poder ayudarte.

—No puedo decírtelo aún, Alec —respondió—. No debo hacerlo. Se impone la discreción a pesar de tus méritos. Déjame ir ahora.

—Yo tampoco puedo hacer eso, no quiero hacerlo; no me atrevo a hacerlo.

—Está bien. Haz lo que quieras. Pero escucha este consejo. Cuídate mucho. Has profundizado demasiado en el asunto pese a que hay algo que no acabas de entender y alguien está considerando ya que eres un serio peligro para la seguridad.

—¿Quién es ese alguien?

—Tengo la impresión de que lo sabes tan bien como yo.

El joven entendió a través de sus palabras que ella actuaba de acuerdo con los delincuentes y le avisaba de un peligro, porque quizá no había olvidado del todo lo que los unió en Chicago.

Conque optó por llamar al *sheriff* acallando la voz de su corazón.

Una hora más tarde el cadáver de Jasper Gordon se hallaba en el Depósito y Margaret Daltow en una celda de la comisaría.

El joven creía obrar así de la forma más conveniente. Sentía tener que hacerlo con Margaret, pero los sentimentalismos deben estar reñidos con un buen investigador.

Se dirigió al hotel, conduciendo lentamente por las desiertas calles de Fagall City.

Se dio cuenta de pronto de que era seguido por otro coche. Un vehículo de gris carrocería. El peligro anunciado por Margaret parecía tomar cuerpo ya. Era cierto que de pronto había descubierto muchas cosas y casi podía señalar acusadoramente con el dedo al culpable de todo aquello y presentar pruebas contra él.

Frenó el coche en la acera derecha de la Emigrant Park. Luego esperó a

que el coche cruzase junto al suyo.

Si aquellos hombres iban a disparar contra él era mejor que lo hiciesen cuanto antes.

Abrió la portezuela y empuñó su pistola.

El coche perseguidor empezó a frenar mansamente a escasa distancia del suyo. Y vio entonces emerger por las abiertas ventanillas delantera y trasera de ese costado tres cañones cortos provistos de silenciadores.

Silbó por lo bajo.

Aquello iba muy en serio. Si no andaba con pies de plomo, el lastre iba a encontrárselo en todo el cuerpo.

Se deslizó agachado a la acera, corriendo al primer portal abierto, de forma que el coche se interpusiera entre él y las negras bocas de los cañones de las pistolas.

Lo alcanzó sin novedad. Y percibió los primeros balazos, como la tos seca de un asmático, cuyos proyectiles perforaron la carrocería.

Se detuvo en el fondo del amplio vestíbulo, atisbando la acción de sus enemigos.

Cuatro hombres bajaron del coche, acercándose al que acababa de abandonar.

—Ha escapado —oyó escupir a uno de ellos—. Ese perro tiene ganas de jugar al escondite.

—No ha podido ir lejos.

—Claro. Eres muy listo. Lo más seguro es que se haya metido en ese portal. Vamos por él. Y mucho cuidado. Está armado y es un tipo peligroso.

Alec reparó en un letrero colocado junto a los buzones de la casa, que indicaba que varios departamentos de las plantas altas estaban sin alquilar.

Pulsó el botón del ascensor, enviándolo a la octava planta. Luego inició un lento ascenso por la escalera.

Los cuatro hampones entraron en el vestíbulo, fijándose en la manecilla que marcaba la subida del ascensor.

—Octava planta —oyó mascullar al primero que había hablado antes—. Ese es el sitio donde podemos encontrarlo. Mack y yo subiremos en el otro ascensor.

Vosotros dos iréis por la escalera para impedirle la huida. No tiene escape.

Alec avanzó con sigilo, hasta ganar la sexta planta, donde varios apartamentos estaban vacíos.

Abrió unos de ellos con sus llaves maestras y dejó la puerta semientornada. A continuación se metió en los lavabos de la planta, en un ángulo del descansillo. Allí esperó pacientemente.

Los dos hombres se detuvieron junto a la puerta, mirándose en silencio.

—Entra, Loren —susurró uno de ellos—. Lo más seguro es que se

encuentre ahí. Es un apartamento vacío. Yo vigilaré aquí por si pretende bajar.

El hampón se adentró en el apartamento con gesto de infinita precaución, oscilando de continuo la mano que empuñaba la pistola, temiendo una sorpresa de parte del agente de seguro.

Alec emergió con el silencio de un reptil de los lavabos.

El otro hampón permanecía asomado por la abierta puerta, siguiendo los pasos de su compañero con redoblada atención.

El culatazo, súbito, lo redujo a la inconsciencia sin darle tiempo a proferir el menor gemido.

Alec lo sujetó por los sobacos para impedirle caer.

Adentro se elevó la voz del hampón:

—¿Ocurre algo, Mike?

El joven imitó a la perfección la voz del desvanecido hampón para contestar:

—Nada. Adelante, Loren.

Arrastró el cuerpo hasta el lavabo, dejándolo cerrado en su interior. Acto seguido se acercó otra vez a la puerta del apartamento y la cerró con cautela, echando la llave.

Apenas había terminado de hacerlo cuando percibió las pisadas de los otros dos hampones que bajaban la escalera.

Empezaron a sonar los golpes de Loren en la puerta del apartamento, consciente ahora de lo sucedido.

—¡Abran! ¡Mack...!

Alec corrió a la planta inferior y levantó la ventana de tijera del descansillo, que comunicaba con la escalera para incendios.

Salió al exterior mientras arriba sonaban los denuestos de los hampones al soltar a su compañero y descubrir el cuerpo del otro en el lavabo.

Alec bajó al balconcillo inmediato.

Antes que siguiera delante percibió el ruido que hacían al emerger a su vez por la misma ventana empleado por él para eludirlos.

—Uno de vosotros debe ir abajo. El mismo se ha cortado la retirada.

Las palabras le llegaron con nitidez. Y le arrancaron una sonrisa. Aquellos hombres no habían sabido calibrarlo aún en su justa medida. Y no tardarían en hacerlo.

Se detuvo en el balconcillo, esperando la bajada del hampón que iba tras de sus huellas.

La escalerilla de hierro fue descolgada y el hombre inició el descenso de los peldaños.

Eric se acercó entonces con sigilo, antes que la cabeza del hampón hiciese su aparición y pudiera localizarlo. Le engarfió ambos tobillos y tiró de ellos con todas sus fuerzas.

El hombre blasfemó al sentir como perdía el equilibrio. Intentó asirse

desesperadamente a los costados de la escalera, pero el joven le golpeó los dedos con la culata de su pistola.

Cayó estallando en un aullido hondo, profundo, infrahumano.

Su cuerpo rebotó en la barandilla del siguiente balconcillo y salió proyectado contra la acera sin que el aullido muriese en su garganta, hasta que se cortó de súbito al estrellarse contra el suelo.

Los otros dos que intentaban echar tras de los pasos de su compañero cambiaron súbitamente de idea. Aquello resultaba demasiado peligroso.

De forma que volvieron a entrar en la casa y bajaron por la escalera interior hasta la siguiente planta. Desde allí podían acorralarlo y abatirlo antes que se despertase la alarma y pudiera llegar la policía.

Eric comprendió que las cosas podían torcerse para él si los hampones lo sorprendían desde ambos flancos y desde abajo. Conque se deslizó por una estrecha cornisa, en dirección a una ventana que permanecía iluminada.

Caminó con precaución, midiendo cada paso. Su avance era lento, deslizando los pies para no perder el equilibrio y precipitarse contra el sucio.

Al acercarse a la ventana entró de lleno en el círculo iluminado por la misma y fue visto por el hampón que había bajado a cortarle la retirada desde la calle. El hombre estaba rabioso por la muerte de su compañero.

Empezó a disparar contra él. Y las balas rebotaron en la pared, desconchándola y silueteando a Alec de cerca.

Alec disparó a su vez, rompiendo el profundo silencio de la calle con los secos bramidos de su arma.

Si sus disparos no resultaban efectivos en la medida que deseaba, sí servirían al menos para provocar la alarma de la policía.

Acertó en el hombro del hampón, que se apresuró a meterse en el interior del coche, perdido de pronto todo su ardor combativo.

Alcanzó la ventana en el momento en que asomaba por ella el busto de una mujer joven y bonita.

—Buenas noches, preciosidad —musitó el joven, empujándola adentro y colándose a su vez.

La mujer se sobresaltó ligeramente. Miró a Alec con ojos desorbitados y abrió la boca para emitir un agudo chillido de pánico.

El joven le oprimió los labios con la mano para impedírselo.

—Escuche. No soy ningún ladrón. Vengo huyendo de nos hampones que quieres hacer de mi pellejo un colador. No se asuste. Nada va a ocurrirle si se porta como una buena chica.

—Un hombre se ha estrellado contra la acera —balbució ella al soltar Alec su mano.

—Sí. El pobre se olvidó el paracaídas.

Alec se dio cuenta de que la joven estaba en combinación. Una

combinación de nylon, que transparentaba sus prendas más íntimas y todo lo restante. Algo que le cortó el aliento.

La soltó.

El roce de la prenda y lo que se palpaba debajo de ella era como para adormecer los sentidos del mejor luchador del mundo. Y él necesitaba tenerlos todos bien despiertos.

Apagó la luz y cerró la ventana. Luego se situó junto a la misma, pegado a la pared, al columbrar que uno de los hampones recorría el mismo camino que le había llevado allí a él.

La mujer se acurrucó contra él al ver la negra sombra proyectarse sobre los cristales y permanecer inmóvil durante largo rato atisbando el interior.

Al fin se alejó, cuando ya sonaba en el aire el estridente aullido de la sirena de un coche policíaco.

Aquella iba a hacer que los supervivientes de la partida encargada de liquidarlo levantasen el vuelo.

—¿Si no es usted un ladrón ni un delincuente, por qué no ha disparado contra ese hombre? —susurró ella de pronto.

—Por varias razones, guapa. No sea tan suspicaz. En primer lugar, porque me tocan mantenerme a la defensiva. Y en segundo, porque no me ha parecido bien llenarle la ventana de sangre. Es un espectáculo deprimente.

El coche de los hampones arrancó a toda velocidad unos momentos antes de que llegase el patrullero.

—Bien. Tengo que despedirme. Y no insista. De veras que me gustaría quedarme con usted toda la noche, pero es imposible.

La besó en los labios, sin que ella opusiera la menor resistencia. En realidad empezaba a gustarle aquella aventura.

Alec bajó a la calle, donde se había formado un reducido círculo de curiosos.

Uno de los policías era el mismo que acompañara al *sheriff* a la casa de Gordon para detener a Jan Craw y lo reconoció.

—Hola, amigo —pronunció con tanta suspicacia como la joven del apartamento donde habíase refugiado—. ¿Tiene usted algo que ver con esto? —agregó, señalando al fiambre.

—En absoluto. Yo serví en la Marina. Eso de los saltos en paracaídas, pero sin paracaídas, nunca se me dio bien. Y es la segunda vez esta noche que tengo que dar esa misma explicación.

—Parece un hampón. Y no hay señales de balas en su cuerpo.

—Puede tratarse de un suicidio.

—¿Por qué? Mírelo bien. A lo mejor el hombre se miró en un espejo y decidió que los únicos que no iban a hacerle ascos eran los gusanos.

Se alejó seguidamente en el coche, dejando boquiabierto al policía, que no insistió.

Unos momentos más tarde se hallaba en su habitación, sin querer despertar a Loos para contarle lo ocurrido.

Una ducha de agua fría le devolvió todo el optimismo. Y apenas había empezado a quedarse dormido, repiqueteó el timbre del teléfono.

Descolgó el aparato de mala gana.

—¿Alec Gielgud?

Reconoció la voz del *sheriff*. Una voz enfurecida la de Evans.

—Al aparato. Dígame, *sheriff*. ¿Qué le enfurece ahora?

—Valiente lío me ha buscado usted con la detención de Margaret Daltow —bramó colérica la voz de Evans—. Me ha hecho usted sentirme como un pollo de corral.

—¿Alguien le ha echado una filípica por eso? Vamos, *sheriff*, tampoco creo que sea motivo para ponerse hecho un basilisco. Y usted lo está en este instante.

—No diga estupideces. Ya le he dicho cómo me han hecho sentirme.

—Tampoco creo que sea nada grave —respondió en tono mordaz, molesto por la forma en que le hablaba el *sheriff*—. Es cierto que existen más circunvoluciones en el cerebro de un hombre que en el cerebro de un pollo; pero, en cambio, puede decirse que el pollo tiene más plumas, y el que una cosa sea mejor que la otra es una cuestión muy discutible.

—No se haga el gracioso —estalló Evans—. He tenido que poner inmediatamente en libertad a esa mujer después de haber aguantado el mayor rapapolvo de mi vida.

—¿Y quién ha hecho eso?

—Alguien que está muy por encima de nosotros. Me ha llamado inepto y no sé cuántas cosas más por la brillante idea de detenerla.

—Pero...

—Olvídese de que esa mujer existe en el mundo, Alec. Tiene mucha influencia. Ha sido una suerte para usted el que no se encontrase junto a mi hace unos momentos. Le juro que le hubiese retorcido el pescuezo.

—Entonces hubiese sido yo quien se habría sentido como un pollo de corral.

El *sheriff* colgó seguidamente, dejando al joven sumido en un mar de confusiones.

Alec se levantó a media mañana, almorzando junto con Loos.

La noticia de la presencia de Midle en Fagall City arrancó al inspector de seguros una amarga sonrisa.

Alec decidió presentarse en la fábrica y hablar directamente con Walter Dean.

Su concepto acerca del caso había cambiado después de tener en su poder el documento encontrado en el cadáver de Jasper Gordon y debía evitar que el dueño de la fábrica fuese víctima de un atentado, que pasase a formar un eslabón más de la siniestra cadena.

Los dos amigos se presentaron en la fábrica tras cerciorarse de que Walter había abandonado su domicilio.

El recinto ofrecía un aspecto triste y melancólico por la ausencia de los obreros, que asistirían al sepelio de Gordon.

—¿Ha llegado el señor Dean? —preguntó al portero.

—No. Y es extraño este retraso en un hombre como él. Su presencia es necesaria. Acaban de comunicar que uno de nuestros camiones ha sufrido un grave accidente.

—¿Cómo ha sido eso?

—Se trae con frecuencia molibdeno y otros minerales del otro lado de las montañas. Parece que ese camión que los traía hoy se ha despeñado por un barranco.

—Entiendo. Iremos allí. Al fin y al cabo ese camión también está asegurado en nuestra compañía.

Alec condujo el coche por la estrecha carretera de las montañas.

Una hora más tarde alcanzaban el punto donde el camión habíase despeñado. En el centro de una pronunciada curva y junto a un camino de tierra que se internaba en las montañas.

Una ambulancia y un coche patrullero se hallaban detenidos a la derecha de la carretera.

Cuando Alec y Loos se apearon, los cadáveres del conductor y su ayudante habían sido depositados en las camillas del interior de la ambulancia.

El camión hallábase de costado, destrozada la caja casi en su totalidad y una parte importante de la cabina y el motor.

Alec se dirigió a uno de los policías.

—No, señor —respondió éste a la pregunta del joven—. El camión sólo lleva cajas de embalaje vacías.

—¿Vacías? Tengo entendido que transportaba molibdeno y otros minerales.

—Nada de eso. Lo hemos verificado. Esos dos hombres han quedado destrozados. Las huellas indican que salieron de ese camino y se precipitaron en línea recta al barranco. Es posible que les fallase la dirección. Hemos avisado a la «Maison Co». Vamos a seguir ahora la patrulla.

—¿Quiere llamar al comisario de Fagall City y comunicarle lo sucedido? Dígale que es necesaria su presencia aquí. El está interesado en un caso que roza muy de cerca a los dueños de la «Maison Co».

—Así lo haré.

Alec esperó a que ambos vehículos se hubiesen alejado antes de volver a ocupar su puesto en el baquet.

—Vamos a seguir ese camino, Loos. Aquí está ocurriendo algo muy extraño. El camión debía seguir rectamente la carretera, sin hacer la menor

desviación por las montañas. El portero dijo que traía molibdeno, pero eso ha desaparecido a raíz del accidente.

—¿Qué sospechas?

—Que ese camión ha entrado por este camino, descargando lo que transportaba en alguna parte de estas montañas y continuando ruta a la fábrica después.

El camino estaba estropeado por las lluvias y Alec tuvo que reducir al mínimo la velocidad al adentrarse por el accidentado pavimento repleto de baches, donde otras ruedas habían dejado profundos surcos en la tierra.

El camino seguía un curso sinuoso, atravesando explanadas y gigantescas gargantas.

Al doblar un pronunciado recodo se vieron ante una amplia extensión de terreno, como un valle, rodeado de picachos, en cuyo centro se erigía un edificio de dos plantas y un amplio cobertizo de madera.

Alec y Loos intercambiaron sendas miradas de inteligencia.

La casa tenía el aspecto de una vieja granja abandonada. Las ventanas carecían de visillos y las desconchadas paredes le daban un aspecto deprimente.

El joven frenó el vehículo a la entrada del minúsculo valle, de suelo ondulado y cubierto de rocas de todos los tamaños.

El silencio del paraje era absoluto, sólo turbado por el croar de algunas ranas y el graznido desagradable de algunos grajos en los picachos cercanos.

—¿No seguimos hasta la casa? —dijo Loos—. Parece deshabitada.

—Puede que sólo lo parezca. No me gusta su aspecto. Avanzaré despacio hacia ella. Espere aquí. Tengo la impresión de que vamos a encontrar algo muy interesante.

—De acuerdo. Cuidado, Alec.

El joven avanzó lentamente en dirección al porche, atisbando las ventanas, la mayor parte de las cuales permanecían abiertas.

De pronto vio un leve reflejo metálico en una de las ventanas de la planta baja.

Se lanzó en plancha tras una roca en un gesto instintivo.

Simultáneamente a su acción restalló un arma de fuego y el proyectil se estrelló en la roca, saliendo rebotado con erizante maullido.

—Loos —llamó el joven—. Salga a la carretera. El *sheriff* de Fagall City no tardará en llegar. Yo vigilaré mientras para que esos hombres no escapen.

Chester se apresuró a obedecer. Y un cuarto de horas más tarde estaba de regreso acompañado del *sheriff* y dos policías de uniforme.

Los hombres se situaron en las proximidades del lugar ocupado por Alec, que puso al *sheriff* al corriente de la situación. Entonces Evans requirió un altavoz del coche para gritarles:

—Escuchen los de la casa. No tienen escape. Salgan con las manos en alto. Tienen tres minutos para hacerlo. Pasado ese plazo empezaremos a disparar.

El *sheriff* repitió sus frases un par de veces más.

De pronto columbraron un fogonazo en la ventana más próxima a la puerta, cuya bala rebotó en la roca.

—Esa es su respuesta, *sheriff* —musitó Alec.

Evans fue el primero en responder al disparo provocador. Y aquella fue la señal para el fuego de intensificarse entre los sitiados y las fuerzas de la ley.

Junto a los secos bramidos de los revólveres se elevaron los restallidos más potentes de las carabinas de tiro rápido de los delincuentes.

Los escasos cristales que quedaban en las ventanas saltaron en añicos, astillando las balas los marcos y desconchando las paredes interiores.

Uno de los policías se encaminó hacia el coche para establecer contacto por radio con otras patrullas para reforzar el bloqueo. Y de súbito lo vieron desplomarse con un prolongado gemido al atravesar el claro que los separaban del coche.

Alec se acercó a él reptando entre las rocas y los desniveles. Pero lo único que pudo hacer por él fue cerrarle piadosamente los ojos.

—¿Muerto? —inquirió el *sheriff*.

—Sí.

—¡Cochinos bandidos! —barbotó Evans—. El pobre Bill deja dos hijos pequeños.

Alec elevó su voz para decir en tono sombrío:

—No podemos llegar hasta el coche y no adelantamos nada así. Tampoco creo que sea necesario el concurso de una escuadrilla de bombarderos para sacar a esas ratas de su madriguera.

—Por supuesto —rezongó Evans—. No es necesario que emplee un tono tan cáustico para decirlo. Duele la muerte de ese hombre, ¿eh, amigo?

—Exacto. Concentren todos el fuego sobre las ventanas. Voy a tratar de llegar hasta la casa. No son más que cuatro a juzgar por los disparos, y están separados.

—Es una locura.

—El mundo es de los locos y de los hombres audaces, que viene a ser lo mismo. Tengo prisa por verles las caras.

—Haga lo que le dé la gana.

La lluvia de plomo penetró por las ventanas de ambas plantas, obligando a los hombres a guarecerse.

Alec emprendió entonces una rápida carrera hacia el porche doblado por la cintura, atravesando la explanada sin ser descubierto.

Se pegó a la pared, disparando contra la cerradura. Luego saltó al vestíbulo, muy amplio y desprovisto de muebles, con una escalera en el

centro que conducía al piso superior.

El hombre situado en la ventana más cercana a la puerta, disparó contra él.

Pero la muerte del policía había excitado el ánimo de Alec hasta el punto de hacerle superar su propia capacidad de acción. Así, se lanzó de costado al suelo al tiempo que el otro oprimía el gatillo, disparando a su vez contra su adversario.

El hampón acusó con sendos espasmos dos impactos en el estómago.

Soltó su arma y se desplomó, haciendo retemblar la vieja casa con el impacto de su cuerpo.

Alec se acercó a paso de lobo a la puerta que comunicaba con las habitaciones laterales, cerca de la escalera. Allí se encontraba otro de los hampones, mientras que los dos restantes defendían la casa desde la planta superior.

El joven abrió la puerta de una patada, sorprendiendo al hombre, que empuñaba un rifle de repetición y al que los disparos habían impedido apercibirse de la maniobra del joven.

—Deje caer su arma —le conminó Alec.

El otro se apresuró a obedecer sin acabar de salir del profundo estupor que la súbita presencia del agente le producía.

Alec lo sacó al vestíbulo.

En ese momento apareció en lo alto de la escalera, uno de los defensores de esa planta y ambos dispararon al unísono.

La bala del hampón mordió carne en el hombro de su propio compañero situado junto a Alec, que se apoyó en la pared dibujando su rostro una mueca de dolor.

Alec alcanzó a su contrincante con un balazo en la pierna. Aulló como un coyote, trastrabilló a continuación para acabar perdiendo el equilibrio en el último escalón.

Su cuerpo rodó escaleras abajo, hasta el vestíbulo, donde quedó inmóvil en ridícula postura, perdido el conocimiento.

Afuera fue decreciendo el tiroteo al apercibirse los agentes de que cesaban los disparos desde la casa.

Alec se aproximó al comienzo de la escalera para gritar desde allí:

—¡Has perdido la partida, amigo! ¡Sus tres compañeros han caído ya! ¡Arroje su arma y salga con las manos en alto!

Oyó pasos arriba. Después vio aparecer a un sujeto alto y espigado en el pasillo superior con las manos elevadas.

Afuera sonó la voz del *sheriff*:

—¡Alec!

El joven esperó a que el hombre hubiese llegado abajo. Entonces lo hizo caminar hacia la salida junto al herido en el hombro, saliendo tras ellos.

—Adelante —gritó a su vez—. El camino está despejado.

El *sheriff* fue el primero en acercarse a ellos, ordenando a su agente hacerse cargo de los prisioneros.

—Es usted un torbellino, amigo —comentó Evans—. Si continúa así...

—¿Qué, *sheriff*?

—Bueno; si continúa así no llegará usted a viejo.

Volvieron adentro, examinando a los heridos mientras el policía comunicaba por radio el envío de una ambulancia.

El más grave era el que había recibido los plomos en el estómago, aunque una rápida intervención quirúrgica podía salvarle la vida.

En el cobertizo encontraron la carga de molibdeno y los otros minerales dejados allí por el camión.

—¿Quién dio la orden de que se descargasen aquí estos minerales? —preguntó Alec a uno de los hampones.

—Jasper Gordon —respondió—. El ordenó hacerlo así.

—Jasper Gordon murió anoche.

—Sus órdenes fueron recibidas ayer a primeras horas de la mañana.

—¿Qué empleo dan a estos minerales?

—No lo sé. Tendrá que preguntárselo al propio Gordon.

Alec se dio cuenta de que estaba mintiendo. Aquellos hombres habían aprendido una lección y la recitaban ahora con la mayor indiferencia. Y no había forma de arrancarles la verdad.

Alec no insistió. Conocía bien aquella clase de hombres. Ellos tenían la firme determinación de negarlo todo, la firme decisión del código del silencio de los hampones y prefirió dejar las cosas así de momento. Pero él tenía su hipótesis y también la firme determinación de llegar al final en un breve plazo.

De forma que lo dejó todo en manos del *sheriff*, emprendiendo el camino de regreso a Fagall City en compañía de Loos.

Alec se apeó del coche junto a la coquetona entrada del «Warrior Club». La noche había cerrado ya y el letrero del club nocturno, ponía una nota de colorido en la calle con su juego de luces cambiantes de colores.

Miró al automóvil aparcado unas yardas más adelante del suyo al sentir que chistaban desde él para llamar su atención.

Sintió un súbito interés al cerciorarse que se trataba de Walter Dean, que acababa de apearse.

El joven se detuvo frente a él, mirando el busto de Midle Adams, que asomaba por la ventanilla posterior.

—Hola, Midle. ¿Ya se pasó el efecto del whisky?

—Claro —sonrió—. Me exasperaste y fue una mala idea por mi parte. Sólo pretendí dejarte en ridículo, Alec. Sacarte afuera y rociarte de whisky para que todos te tomaran por un borracho. ¿No me guardas rencor?

—En absoluto. ¿Qué sucede, Walter? Le veo preocupado.

El hombre estaba nervioso; pasaba de continuo su mano entre su cuello y el de la camisa, y el sudor perlaba su frente.

—Vea esto —dijo el hombre—. Lo he recibido hace una media hora. He vacilado mucho antes del camino a seguir.

Alec tomó entre sus manos el papel escrito que el otro le tendía.

«Amigo Walter: Me tienen secuestrado. Quieren pactar mi libertad contigo. Alguien te hablará por teléfono para tratar el asunto.

Alan Maison.»

—Ya he recibido esa llamada. Debo entrevistarme con esos hombres en la vieja casa de las montañas que usted conoce ya. Si aviso a la policía, Maison morirá. Allí trataremos de condicionar la libertad de Maison. Les dije que usted vendría conmigo y accedieron a ello. Acabo de llamarlo al hotel y me dijeron que usted venía al club.

—De acuerdo. ¿Qué esperamos entonces?

Walter respiró hondo.

—Me quita un peso de encima, Alec. Me asustaba la idea de acudir solo a esa cita. Esto no es para mí.

—Lo comprendo.

—Yo también quiero ir —terció Midle.

—Es mejor que te quedes —apuntó Walter.

—Déjela venir —arguyó el joven con irónica sonrisa—. A ella no va a sucederle nada.

El recorrido del camino que conducía a la granja abandonada fue una

verdadera odisea en la oscuridad.

Se aparearon los tres junto al porche.

La casa, en medio de las sombras de la noche, recortada en el horizonte por la luz fantasmal de la luna, tenía un aspecto siniestro.

Entraron los tres, portando Midle una linterna que Walter le entregó.

Una vez dentro, Alec se mantuvo a la expectativa, esperando el desarrollo de los acontecimientos.

De pronto Walter Dean empuñó una pistola, encañonando al joven.

—No se mueva, Alec —murmuró con voz opaca—. Siento tener que hacer esto, pero estaba llegando al fondo del asunto.

—¿Llegando? —sonrió el joven—. Había llegado ya, Walter.

El estupor brilló en la mirada de Walter ante la escalofriante calma del agente de seguros.

—¿Quiere decir que usted ya sabe que soy el promotor de todo esto?

—Exacto. Y voy a decirle más. Esperaba esta reacción por su parte. Por culpa mía ha perdido a todos sus hombres y quiere conservar algo al final. Ha llegado al último extremo y no tiene otra salida que hacerme desaparecer.

—¿Cómo se ha dejado coger entonces en esta trampa?

—Bueno; es muy sencillo. Yo sé que es usted quien ha estado manejando los hilos de la trama, quien ha forjado esta siniestra cadena de crímenes; pero carecía de pruebas para acusarlo abiertamente. Era necesario aceptar un riesgo para obligarlo a descubrirse. Ahora ya lo ha hecho.

—Eso es un pobre consuelo para usted, Alec —rió Walter—. Evans no tiene dos dedos de frente. Tardará demasiado tiempo en comprender. Y para cuando quiera darse cuenta de las cosas, ya será tarde. Midle y yo estaremos lejos de los Estados Unidos.

—¿Dónde está el profesor Maison? —inquirió el joven.

—Aquí mismo, en la bodega que se abre en el cobertizo. Ustedes no supieron encontrarlo ayer. Su entrada está muy bien disimulada. Esto ha hecho posible que el éxito vuelva otra vez a mis manos. Hemos montado ahí abajo un buen laboratorio para sus investigaciones.

—¿Qué esperaba obtener de él por este procedimiento?

—Maison es un testarudo —masculló Walter Dean—. El negocio iba de mal en peor. Nuestros productos no encontraban aceptación en el mercado. Entonces Maison descubrió algo sensacional. Un nuevo explosivo llamado a revolucionar al mundo. Casi tan potente como una bomba atómica, pero con dos grandes ventajas sobre los ingenios nucleares. Un costo muy inferior, casi irrisorio en comparación, y el hecho de que no deja radioactividad y carece de esos terribles efectos secundarios de las bombas nucleares.

—Creí que ustedes ignoraban en qué consistía el descubrimiento del

profesor Maison.

—Nos lo reveló a Jasper y a mí, pero nos hizo jurar que guardaríamos el secreto. Entonces concibió la idea de presentarse en Washington, entregar la fórmula por las buenas al Gobierno Federal y olvidarse de ello. La mayor necesidad que había oído.

—Ya. Entonces entró en juego su ambición, ¿no, Walter?

—Por supuesto, Me puse al habla con el representante de una potencia extranjera. Me ofreció dos millones de dólares por el secreto. Se lo dije a mis dos socios, pero Maison rechazó mi idea alegando el patriotismo y otras tonterías morales. Jasper lo secundó en parte, si bien era partidario de que el Gobierno Federal, si aceptaba el explosivo, debía encargarnos de realizar los trabajos. Entonces lo secuestre, decidido a no dejarme escapar esa fortuna de entre las manos. Pero el viejo idiota destruyó la fórmula.

—Entiendo. Lo trajo aquí y lo retuvo, obligándole a prepararla nuevamente para usted.

—Eso mismo. Es algo complicado y Maison, sin sus apuntes, necesitaba tiempo para prepararla de nuevo.

—Comprendo. ¿Por qué destruyó el pabellón de la fábrica?

—Era necesario. Jasper Gordon estaba al corriente de todo. Había ayudado a Maison en diversas ocasiones en el laboratorio mientras preparaba la fórmula. El sabía que buena parte de las cosas que Maison empleó para su descubrimiento estaban en ese pabellón. Jasper no sospechó la verdad al desaparecer Maison y me confesó su propósito de intentar preparar la fórmula él. Ese fue el motivo. Tenía que impedirlo, porque la potencia extranjera ofreció los dos millones con la condición de que el secreto fuese exclusivamente suyo. Había contratado un grupo de hampones y quise aprovechar el parecido de Jay Duncan con el capataz para provocar impunemente ese incendio. Yo sólo quise inmovilizar a Elmett por unas horas, pero Jay lo acuchilló.

—Es posible que eso sea cierto, Walter. De todas formas, va a permitirme que no lo crea. El caso es que las cosas empezaron a complicarse para usted cuando capturé a Jay Duncan con la ayuda inconsciente de Frank Gilbert, que lo había reconocido por una verruga. Entonces tenía que silenciar a Duncan, evitar que se fuese de la lengua a toda costa. Por eso ordenó a Gordon que preguntase por el preso. Y concibió un rápido plan de acción al saber que Duncan sería trasladado a Denver por la vieja ruta de los inmigrantes. Esta vez no confió en ninguno de sus hombres, porque el plan era demasiado diabólico. Con él iba a lograr silenciar a Duncan, eliminar a Jasper Gordon, que estaba averiguando muchas cosas que no le convenían en modo alguno, y luego a mí por temor a que lo descubriera. Para hacerlo le robó a Gordon su traje gris y su sombrero. Después envió a Craw a dejar las ropas y esperar mi llegada para liquidarme. Invitó a Gordon al reservado sólo con ese fin.

Usted estaba seguro de que yo registraría la casa de Gordon después de sus palabras en el club. Otro hampón esperaba en su propia casa por si se me ocurría la idea de acudir allí. Antes destruyó el laboratorio y los apuntes de Maison para evitar que su socio siguiese adelante con la fórmula. Pero las cosas le salieron mal. Cayeron los dos hombres colocados en la casa de Gordon y frente a ella. Luego fue Margaret quien trató de borrar me del mundo de los vivos cuando la visité en su habitación del hotel. Sus hampones me hubiesen sacado de allí para sepultar mi cadáver Dios sabe dónde. Liquidó a Gordon de forma que pareciese un suicidio y esperó mi llegada junto con uno de sus hombres. Pero tampoco caí en la trampa. Y también fallaron los cuatro elementos que lanzó tras de mis pasos.

—Es cierto. Su capacidad de acción desbordó todos mis cálculos — barbotó Walter—. ¿Cómo pudo descubrirlo todo al fin?

—Lo primero que me puso sobre aviso fue la «torpeza» de Gordon de dejar en su armario, a la vista de cualquiera, el traje mojado y el rifle. Demasiado ingenuo en un hombre lanzado por una pronunciada pendiente. Después el pañuelo de Midle que yo había encontrado en el cuarto de Elmet, bajo las piernas del cadáver. Encontré allí varios otros iguales. Eso me desconcertó en un principio a causa de las iniciales, que no coincidían con las suyas; pero lo comprendí más tarde, al encontrar en la cartera de Gordon un documento expedido en La Junta, legalizando el matrimonio de usted y Midle. Eso aclaraba las cosas, puesto que Midle ostentaba el apellido de Dean. M. D. Finalmente, lo que acabó de convencerme de su culpabilidad fue la parodia que usted llevó a cabo en su casa, cuando fingió la agresión de Gordon. Aquello no era un balazo, sino un simple rasguño hecho probablemente con las uñas.

—Muy inteligente, Alec. Pero eso no va a servirle ya de nada.

—Dígame una cosa, Walter. ¿Gordon le insinuó sus sospechas?

—Claro. Estaba convencido de que yo era el responsable de los hechos. Se había tomado demasiado peligroso.

—¿Qué tiene que ver en este asunto Margaret Daltow?

—Nada que yo sepa. Creo que es una periodista.

—Ya. Es una buena noticia, aunque parezca un sarcasmo.

Walter Dean dejó escapar una sardónica risita.

—Ha cometido usted un grave error, Alec. Ocultaremos su cadáver y nadie podrá culparnos de nada.

Alec acechó la oportunidad de entrar en acción.

El había ido allí sabiendo lo que iba a suceder y manteniendo la simple esperanza de poder cambiar de un modo u otro el curso de los acontecimientos. Porque el *sheriff* Evans, nunca encontraría motivos suficientes para acusar a Dean y Midle.

—Le aseguro que me causa un especial placer matarlo por mi propia mano —masculló Walter Dean—. Ha estado a punto de estropear

enteramente mi negocio. Quizá no llegó tan lejos como Gordon, pero éste fue una presa fácil. Usted, en cambio...

Calló de súbito para prestar atención a los ruidos que venían del exterior.

El sonido inconfundible de motores de automóviles acercándose a la vieja granja.

Hubo un conato de alarma entre la pareja.

Midle se acercó a la ventana casi al mismo tiempo que la luz de los potentes focos de los coches iluminaban la fachada.

Walter se alarmó.

Y Alec aprovechó la ocasión que le brindaba el momentáneo descuido de Walter.

Distendió la diestra como una ballesta, golpeando la muñeca de Walter con el canto de la mano, haciéndole soltar el arma.

Luego se apoderó de ella antes que su asombrado adversario saliera de su estupor.

—Ahora, mis queridos amigos, van a portarse como dos buenos chicos para evitar que me enfade —pronunció con sorna.

Dos coches se detuvieron frente a la granja enfocando sus faros hacia ella.

Luego se elevó la voz gruesa del *sheriff*:

—¡Alec! Conteste si puede hacerlo.

—Claro que puedo, Evans. ¿Cree que soy tan torpe como el *sheriff* de Fagall City?

Invitó a la pareja a salir afuera.

Vio el abatimiento de Midle, que parecía haber envejecido, de pronto una docena de años.

Walter lo miraba fijamente. Pero no era la suya una mirada agresiva, sino la mirada de cansancio del hombre que ve derrumbarse súbitamente toda una obra en la que ha depositado una confianza excesiva. Y todo por la acción de un simple investigador de seguros.

Salieron al porche.

Alec se encontró de pronto abrazado a Margaret Daltow, que lo miraba a los ojos con una expresión que lo turbó.

—Eres un loco, Alec —musitó ella—. Te has prestado a hacer de conejillo de indias sólo para tener una total acusación contra esta pareja. He pasado unos momentos terribles pensando que quizá no podríamos llegar a tiempo de salvarte.

—Oye —replicó él, levantándole la cabeza—. ¿Qué sabes tú de todo esto?

—Eres tú el que ignoras muchas cosas. Ahora puedo decírtelo todo. Pertenezco al F.B.I. En Chicago tenía la misión de poner al descubierto las actividades de Petucci en los sindicatos. Cuando me revelaste lo que habías

logrado averiguarde él, vi abierto el camino para llegar hasta el fin. Te delaté al jefe de los hampones para ganar confianza. Mientras, varios agentes federales montaron la guardia en torno tuyo para evitar que esos bandidos pudieran acabar contigo. Estaba segura que tú sabrías eludir todas sus asechanzas. Eso me permitió perder a Petucci para siempre. Luego traté de buscarte, pero otra misión me alejó de allí y perdí tu pista. Coincidimos aquí otra vez. Tenía la misma misión que tú y las mismas sospechas, pero carecíamos de pruebas. Gordon me ayudó mucho en las investigaciones. Comprendí lo que iba a ocurrir cuando Walter se diese cuenta de todo y te avisé en la casa de Gordon, poniendo también a uno de los agentes del *sheriff* vigilándote de cerca. Estaba segura de que intentaría eliminarte. Tan pronto emprendisteis la marcha, el agente nos avisó y salimos detrás de vosotros. Loos ha venido con nosotros. Estaba con el *sheriff* cuando se recibió la llamada del agente.

—¿Y cómo supo el F.B.I. lo del profesor Maison?

—El profesor se puso al habla con el Gobierno Federal antes de nada. El iba a Washington invitado por las autoridades federales.

—Comprendo. Tú tratabas de descubrir lo ocurrido al profesor Maison.

Midle y Walter caminaron hacia uno de los coches, | esposados por el *sheriff*.

Alec advirtió la amarga sonrisa de Chester Loos al posar su mirada en su antigua esposa.

—¿Duele, no, Loos?

—Sí, muchacho; duele. Midle va unida a los mejores recuerdos de mi vida. Paseamos a la luz de la luna, horas serenas mirando a las estrellas y sintiendo cerca de mí la mujer que más he amado. Duele ahora ver en lo que ha terminado la mujer en la que deposité todo lo mejor que hay en lo más profundo de mi ser.

El profesor Alan Maison fue hallado en la bodega, cuya entrada se abría en el suelo, muy difícil de descubrir a causa de la trampilla disimulada que cubría la entrada. El hombre acusaba en sus facciones el castigo a que había sido sometido para obligarle a trabajar en su descubrimiento sensacional.

Alec y Margaret avanzaron hacia los coches en último lugar, enlazados por la cintura.

—Satisfecha de tu trabajo, ¿no, Margaret?

—En todos los sentidos. Todo ha salido bien al final y...

—Y al fin has encontrado al hombre que soñabas.

—¡Fanfarrón!

—Nada de eso. Realista; esa es la palabra. He visto tu angustia al venir y tu alegría al comprobar que llegabas a tiempo.

—Es cierto. Pero...

No pudo terminar. Los labios de Alec oprimiéndose contra los suyos, se

lo impidieron.

El joven acentuó su presión al sentir que ella le devolvía la caricia.

Hasta que la voz del *sheriff* rompió el encanto, mascullando con un tono ligeramente impregnado de oculta envidia:

—Vamos, amigos tórtolos. No podemos esperar a que ustedes se digan todas esas tonterías propias de enamorados. Y tendrán tiempo de sobra para hablarse después.

Y si se casan, también les sobrará tiempo para maldecir este momento.

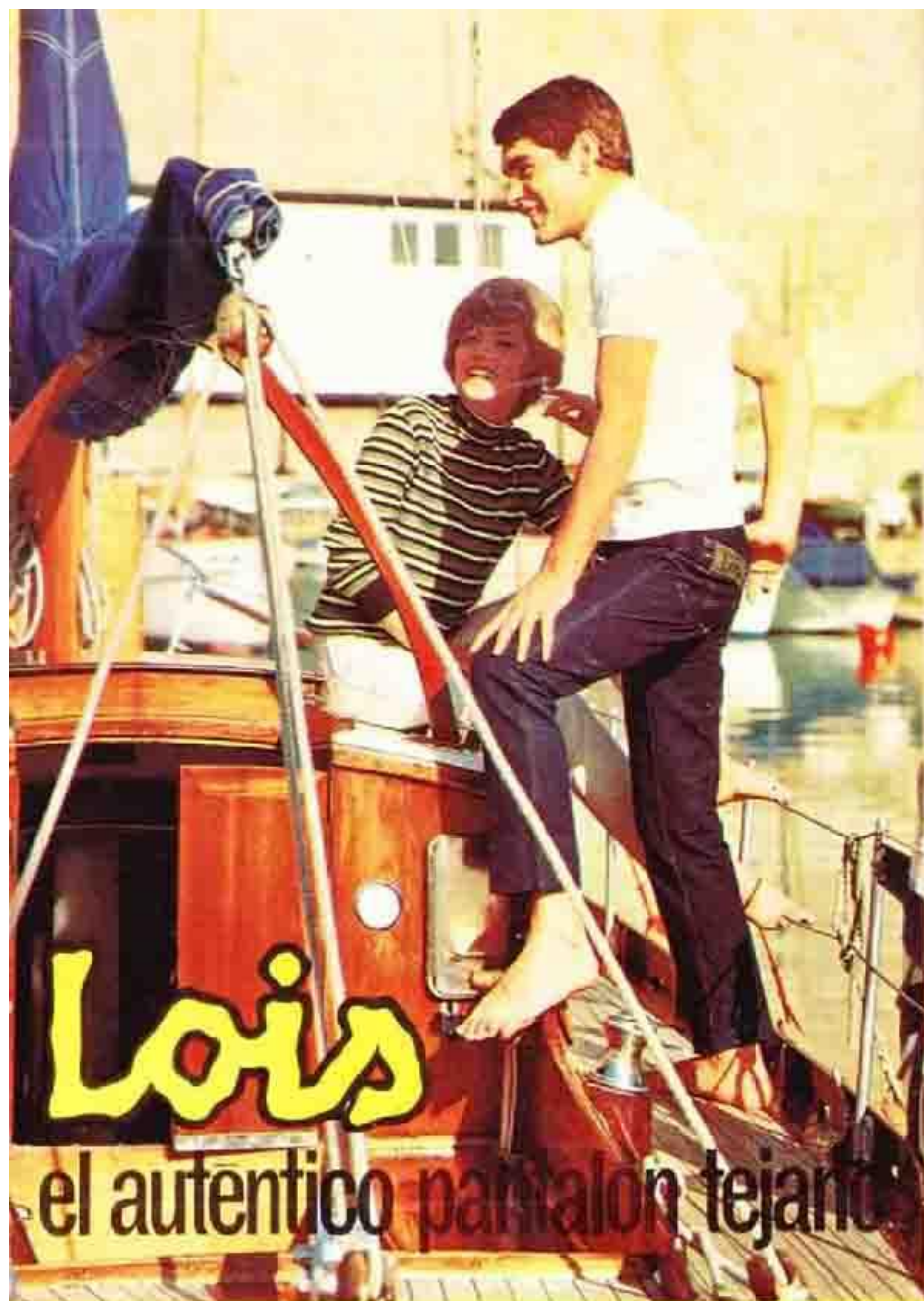
Y agregó con sutil ironía:

—Creo que continúa usted haciendo de conejillo de indias, Alec.

El joven besó sonriente la mejilla de Margaret antes de responder:

—Se equivoca, *sheriff*, como ya es corriente en usted. No creo que a esto se le pueda llamar hacer el «indio».

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.